

**CESAR DUAYEN**



*La* **DICHA**  
*de* **MALENA**



/

# LA DICHA DE MALENA

Donación J. L. Treati Rocamora

Sig. top. TR 4-6-31

CESAR DUAYEN

LA  
DICHA  
DE MALENA



EDITORIAL TOR  
Río de Janeiro 760  
BUENOS AIRES

**Impreso en la Argentina**  
**Printed in Argentina**



**Derechos reservados**  
**Hecho el depósito que**  
**marca la ley.**

LA DICHA DE MALENA



Acababa de despertar. Nada recordaba todavía. Vivía del momento presente y creía que el mundo terminaba dentro de los muros de su habitación.

Su mirada alcanzaba los objetos a través de una niebla ligera, los rumores no penetraban sus oídos, e indiferente a la horrible ansiedad de los demás, sin una inquietud, sin un dolor, volvió a dormirse.

Cuando de nuevo abrió los ojos ya vió más claro, pareciéndole que la luz iluminaba mayor espacio. Su cerebro comenzó a despejarse, hizo un esfuerzo mental, volvió su memoria y dióse cuenta exacta de la situación.

En los ojos desesperados de su marido, en el alejamiento de sus hijos, en los gestos lle-

nos de compasión con que le asistía, comprendió que estaba perdida.



Por la elegancia, el espíritu, la riqueza y la cuna, Enrique Ancízar era un hombre superior en el ambiente social donde él actuaba, y habíase encontrado, sin buscarlo, imperando en la sociedad de Buenos Aires y en la colonia americana de París y Londres, centros de su vida de holgura y de placer.

Inteligentísimo, con la base de sus primeros estudios y la información de las revistas de gran circulación, tenía lo suficiente para hacer de su conversación una fuerza; pero la gente más penetrante recibía de su trato la impresión de una mentalidad fluctuante, de una inteligencia dispersa y embotada a la cual sólo quedarán fuerzas para la ironía. Sabía manejar la sátira impertinente que hiere y divierte, sin intentarlo, bajo formas cultísimas, y eso agrandaba su fama de ingenio chispeante. Malgrado tal tendencia, hábito más bien, el corazón de Enrique era muy

bueno, con toda la fuerza emotiva del de su madre.

En su vida amorosa había muchas borrascas pasionales, mucha aventura galante, mucha mujer honesta o casquivana, mas nada de profundamente perturbador ni capaz de cambiar o dar rumbo a una existencia. Atraían a las mujeres sus mismos defectos disimulados tras la corrección de su elegancia, y para sus favores le servían su exterior realmente cautivante, las crónicas que sobre él corrían, su fama de intrepidez y de arrogancia, la dulce indolencia de su mirada, la expresión despreciativa o burlona de su boca.

Por él muchas mujeres habían sido desgraciadas. La vida fácil, el terror al contagio del dolor ajeno, ha vuelto egoístas a innumerales corazones.

Enrique era uno de ellos. Y en ese toma y daca de mujeres, obedecía simplemente a su temperamento imperioso y a su carácter voluble, sin presumir, siquiera, su crueldad. La tolerancia social estaba ahí, siempre extendida para esta clase de grandes y pequeñas infamias masculinas, sirviéndoles de estimu-

lante, autorizándolas, disculpándolas todas: ultraje, difamación, perfidia, abandono. Ancízar había conocido también el hastío, terrible invasor de los centros de regocijo. En esos períodos su espíritu refulgía, dedicándose a la investigación y a la lectura, aproximándose a los hombres de saber a quienes su entendimiento sagaz y su belleza varonil y simpática seducían. Su carácter voluble impedíale arraigar en ese medio austero.

Después de años de ausencia, Enrique acababa de llegar, y una noche dejóse arrastrar por sus camaradas a una gran fiesta social dada en honor de un príncipe extranjero. La concurrencia, enorme, circulaba ya con dificultad en los salones cuando llegaron. La atmósfera, sobrecargada de calor y de perfumes, cundía hasta las galerías y el *hall*, y no pudiendo soportarla, consiguió refugiarse en una salita del fondo donde pudo respirar, pues la encontró desierta. Un amigo le siguió, poniéndose los dos a conversar en un rincón.

Una que otra señora, de las últimas en llegar a la fiesta, de tarde en tarde salía del *toilette* contiguo, cruzando por su lado.

—Buenas noches, Laura; más tarde iré a buscarla para la cena —dijo a una de ellas, una muchacha morena, de cuerpo espléndido y ojos dormidos de terciopelo; de esas figuras grandes y erguidas que caminan moviendo acompasadamente la cabeza tratando de dar a su andar un aire majestuoso, porque de ellas se dice: “tiene porte de reina”. La expresión de la fisonomía era sensual y picante, sin embargo. Ella aceptó complacida la invitación y se retiró conducida por su acompañante. El tono, la actitud de Enrique habían sido correctísimos, pero sus ojos tenían una expresión de insolencia y de provocación.

Quedábanse solos nuevamente los dos amigos. La puerta del *toilette* volvió a abrirse y algo blanco, de fresco, de gracioso y aéreo, entró en ella.

Era una joven llena de animación y vida, que apareció, se detuvo en el umbral y miró hacia afuera con insistencia, buscando, sin duda algún compañero comprometido a esperarla. Su vestido muy largo de una tela de plata, ondulaba al caminar. Su cabecita se

levantaba hacia atrás como arrastrada, por la cabellera clara, copiosa y blanda.

Al oír los sonidos de un vals, tocado a toda prisa por la orquesta, mecióse sonriendo dulcemente, dejándose envolver por esa música vulgar que le parecía deliciosa. Adivinábase a todo su juvenil cuerpo, grácil y vibrante, recorrido por esa nerviosidad que invade en las proximidades de un placer, y sus dos piecitos, calzados de raso, bailaban solos aquel brillante vals. Creyéndose sola, no ocultaba sus impresiones; se impacientaba.

De pronto invadieron la sala varios jóvenes, que notaron desde lejos su presencia, resueltos a disputarse su compañía. Ella, regocijada y con gran soltura, eligió a uno entre ellos.

—¿Y por qué, vamos a ver, da usted preferencia a Campos, Magdalena —preguntaron los otros.

—Porque es quien baila mejor —contestóle francamente.

Alguien señaló a Enrique pronunciando su nombre.

—¿Cómo, Enrique Ancízar aquí? —exclamó la niña, volviéndose vivamente. Luego, siu vacilar, se acercó a quien indudablemente conocía, y le tendió las manos.

Enrique tomó las dos, pequeñas y amistosas, llenas de suave calor que entibiaba sus guantes, y se quedó con ellas sin atreverse a apretarlas ni a soltarlas, ni a preguntar ni a decir; avergonzado casi de no reconocerla; dominado por esa cortedad, tan singular, de los hombres libertinos ante los seres muy puros.

—¿De veras, me ha olvidado usted, Enrique? —díjole ella mirándolo con sus ojos risueños.

—¡Ah!, no...

—No; no se empeñe usted tanto. Ni mi voz, siquiera, le ha traído recuerdos. He cambiado y he crecido tanto desde entonces... Enrique, yo soy Malena.

—¡Malena!... ¿Eres Malena, en verdad?... Tus ojos han crecido más que tú —contestóle Enrique, admirado de sus ojos magníficos y de la belleza y gracia de quien dejó peque-

ña y ahora encontraba radiante, en la cima blanca de su juventud.

Bailó con ella; recordaron todo lo conocido por él de su primera infancia.

—Tengo tan presente la escena dramática de tu bautismo. Estoy viendo a la pobre mamá apuradísima para cumplir su oficio de madrina, tanto te debatías en sus brazos para rechazar la sal ofrecida por el párroco con todo empeño y unción, —decíale él riendo.

—Tenía ya miedo a las cosas amargas.

—¿Y ahora?

—Quién sabe... ahora que las conozco más.

Y le contó, naturalmente, con su irresistible expresión de franqueza y sin lamentaciones, su existencia pasiva y solitaria en una chacra de sus tíos, en Cacharí, con quienes se fué a vivir después de muerta su madre. Eran, explicábale, de esas personas para quienes el mundo no tiene sino un camino: el que ellos mismos se trazan. Y lo habían recorrido los dos viejos testarudos y constantes sin desviarse una pulgada: trabajar,

trabajar hasta matarse, sin un goce, sin un alto, hasta obtener la renta prefijada, deteniéndose recién entonces a esperar la muerte. Estaban establecidos en Buenos Aires, con ella, desde tres años atrás.

—No me faltaban nunca noticias de usted —continuó—. Su mamá, únicamente de usted se ocupaba en nuestras conversaciones... Me contaba también sus fechorías—. Y reía con su boca de color de cereza como la de los niños.

Encontráronse nuevamente en la escalera cuando se retiraban. El acompañaba a la muchacha morena, voluptuosa y picante de ojos de terciopelo, y apenas pudo distinguir los de Malena, tan grandes y risueños, pues su cara risueña y delicada iba enterrada entre las pieles blancas de su tapado.

La señora de Ancízar, mujer distinguida y bondadosa, hablaba poco. Nunca se mezcló en la existencia mundanal del hijo, quien dejaba, a su vez, olvidados en el umbral de la casa paterna todos sus livianos pensamientos.

Tal reserva de la madre daba peso a su

palabra. Por eso la hermosa cabeza de Enrique tomó una expresión de gravedad inusitada para escucharla, el día siguiente al que declarara su amor a Magdalena.

—Mis familiares han notado un silencio en mis eternas lamentaciones por la falta de una hija mujer. Malena ha substituído esa hija nunca nacida. Ella era ya, pues, mucho antes que tú me la ofrecieras, la criatura de mi elección.

—¡Malena no me quiere! —exclamó Enrique como un estallido—. No me quiere a lo menos como la quiero yo: locamente, sin pensamientos anteriores o ulteriores... Es ella la primera que haya pedido tiempo para reflexionar.

A la madre moviéronla a risa las dudas impetuosas de su hijo Enrique, y continuó:

—Más tarde, mi querido, discutirán el punto. Entretanto necesito hablarte seriamente y te pido me escuches sin interrumpirme... Después de la entrevista tenida ayer contigo se vino muy de prisa Magdalena —y la señora apoyó las nueve letras del nombre entero, para significar a quien le escuchaba

que no era ya una niña, sino la mujer quien iba a explicarse por su intermedio— Magdalena quiere recordarte su origen...

—¡Y a mí qué me importa el origen de Magdalena! —prorrumpió Enrique, decepcionado en su deseo de oír hablar únicamente de su pasión reciente—: ¿Malena es hija natural? Superior: los hijos del amor saben querer mejor.

—Espera, hijo, espera y escucha —dijo la madre con autoridad—. Magdalena lo exige, lo exijo yo y debe bastarte... La madre de Magdalena, mi amiga de la niñez, casi llegamos a ser parientes, de quien te he dicho poco, unía al encanto que su hija ha recogido una inteligencia clarísima. Y no puedes imaginar hasta dónde llegaba su pundonor. A pesar de eso, la arrastró una pasión irresistible y exclusiva. Cayó ella también, y su familia la rechazó...

“Desde los dieciocho años había habitado, por razones de economía, con los suyos, gente tibia y retrógrada, una estancia aislada. Esa mujer ansiosa de cariños y caricias cedió a los juramentos de un hijo del propieta-

rio de la estancia vecina: justamente el individuo que menos la merecía. Muy joven, de carácter débil y raza de avarientos, a pesar de idolatrarla, no resistió a la oposición y a la imposición de los padres, casándose al poco tiempo con una mujer rica. Años más tarde murió... Del error de mi amiga nació Malena. La Malena a quien no conoces todavía.

—¿No conozco yo a Malena?

—No: conoces de ella apenas la superficie, y ya no es poco. Inés habíase venido desamparada a Buenos Aires. Sosteníase con bordados, traducciones y costuras; criaba y formaba a su hija a la luz del día. Unicamente yo y Rafaela Hernández la veíamos. Las penas, las vigiliass, las privaciones y el trabajo minaron su constitución muy delicada; lleváronla prematuramente a la tumba... Una de las hermanas de Inés, la primera en rechazarla, reclamó a la niña en la edad ya de ayudar en las brutales tareas de su chacra.

—Los tíos de Malena; los viejos testarudos y constantes —murmuró Enrique, sin poder contener una sonrisa.

—Supón cuál no sería la desesperación de

aquella niña de once años delante de su madre muerta, lo único que quería y conocía en el mundo. Suponla, habituada a las ternuras de una mujer como Inés, bruscamente transplantada a aquel medio bárbaro, obligada a un trabajo grosero y desconsolador. Naturalmente, esa gente era vulgar y torpe, no por la cuna, sino por los hábitos, el medio, la clase de su trabajo, sus oscuros afanes. Para reprender a la niña empleaban injurias; en los momentos de cólera reprochábanle su nacimiento, renegando de la madre. Malena me ha contado que en ese tiempo deseó morir... Yo reclamé mis derechos de madrina para conseguir el permiso de traerla a casa, de cuando en cuando. Tu padre moríase de lástima viéndola tan cambiada y tan huraña. Pálida y tostada, las manos ásperas, siempre agachada, la mirada baja y silenciosa, sus visitas resultaron para nosotros desagradables y para la pobrecita un tormento. No insistimos, por lo tanto, en su repetición, contentándonos con mandarle ropa, dulces y juguetes. En un plazo de cuatro años no se contestó una sola de nuestras cartas. Un día,

al fin, recibimos respuesta; la primera y de Malena. Nos costaba creerlo, tan sencillamente linda, expansiva, afectuosa nos pareció su carta. Con letra clara, ortografía perfecta, expresiones justas y elevadas nos manifestaba sus deseos de vernos. En el acto se la trajo. La comparación vulgarizada de la oruga convertida en mariposa, fué necesario aplicársela. No volvíamos del asombro. Aquella chica sombría y desconfiada convertida en la criatura de luz y de alegría, venía, espontáneamente, a buscarnos! “Es mi viejo canastero quien ha operado la transformación, mi querido señor”, exclamaba riendo; al mismo tiempo que besaba en los cabellos a tu padre, absorto... Parece que un viejo español, único ser viviente a quien viera en aquellos parajes, fuera de los peones y lecheros de la chacra, fabricante de cestos para fruta y desterrado por ideas y actos contrarios al gobierno, compadecido de su tristeza e ignorancia, le dió lecciones y le curó el corazón. Su muerte...

—¿Murió?—preguntó Enrique interesado.

—Sí, murió. Malena fué a Cacharí unos

meses después de haberse establecido con nosotros, para cerrarle los ojos. Esa muerte la apenó profundamente. Nunca lo nombra, pero cultiva y venera su memoria como la de un santo.

—Caso singular —murmuró Enrique pensativo.

—De estas cosas se ha hablado mucho en casa. Tú, hijo mío, las has oído más de una vez, sin parar mientes. Perdiste de vista a Malena cuando tenía doce años, en la época de su fealdad y su retraimiento, naturalmente, la olvidaste por completo... Sus tíos, al cabo, vendieron la bendita chacra y se vinieron aquí. Rafaela y yo la presentamos a nuestro círculo, siendo recibida con todos los honores. Su paso por los salones fué un triunfo de simpatías. Si sus propios encantos no hubieran bastado, siempre estábamos nosotras con el argumento sólido de nuestra posición, para haberla impuesto... Hoy Magdalena, antes de aceptar tu nombre quiere advertirte que ella lleva el nombre de su madre; antes de ocupar la situación elevada que tú le

ofreciste, recordarte que ella no tiene ninguna.

Enrique saltó de nuevo.

—¿Y tú, conociéndome, te encargas, mamá, de transmitirme semejantes zonceras? Si Malena no tiene nombres, llevará el nuestro. Y creo que mi situación y mi fortuna alcanzan para los dos.

Un momento de silencio, y la señora agregó:

—Ahora sólo me resta, querido mío, agregar dos palabras por mi cuenta... El sacerdote, el ministro de una religión que yo practico y era también la de tu padre, deberá preguntarte antes de unirme a ella: “¿Quieres tomar a esta mujer por esposa para vivir reunidos, amarla y sostenerla, respetarla en la salud como en la enfermedad, conservándote únicamente para ella sola, tan largo tiempo como viváis los dos? Si no te sientes capaz, Enrique, estás a tiempo.

La cabeza soberbia del hijo habíase inclinado sobre el pecho, pues encontraba, en ese instante, algo de augusto en su madre. Después de un corto silencio ella insistió:

—Si no te sientes capaz, mi Enrique, no te cases. Graba esto en tu corazón: Malena ha sufrido ya mucho y en esa edad en la cual debiera ser ineficaz el dolor sensible. A su madre la mataron sus propias penas. No es vanidosa. Su ambiente ha sido el de la pobreza; la riqueza, pues, no es elemento necesario a su felicidad y sólo precisa para su ventura, amor, mucho amor, paz y alegría. No olvides nunca, Enrique, que ella, tan pobre, casándose contigo, hace un matrimonio de amor, no de interés.

• • •

Enrique la vió recién al día siguiente.

Una hora antes de la llegada de los invitados a la recepción ofrecida por la madre en su gran casa, para presentarla como la prometida de su hijo, entró Malena al salón, donde lo encontró solo, paseándose de arriba abajo, esperándola impaciente.

Quedóse mirándola todo enternecido. Traía ella puesto su mismo vestido de plata de la

noche del encuentro, y de igual modo que entonces, se detuvo en el umbral.

Durante un instante fugitivo tuvo la alucinación de que el tiempo se había detenido, y ella guardaba desde aquella noche su misma actitud de púdica gracia juvenil.

Pero notó que su rostro no se hallaba ahora rosado sino pálido, y que una serena dignidad había reemplazado a su alegría. Sus ojos no estaban tampoco risueños, sino graves, y tenían la impresión intraducible que sólo poseen aquellos cuya alma tiene profundidades. Sin tonos declamatorios, y una voz a la cual no velaban las vacilaciones ni la duda, sino clara, firme y musical —de esas voces que ayudan a la palabra a perdurar por siempre en la memoria— díjole simplemente:

—Enrique, mi madre era una santa.

Y él, simple y noblemente, le respondió con una gran dulzura:

—Magdalena, ¿acaso no lo sabía yo?

El viaje de bodas de los jóvenes a Europa fué muy corto. La madre debía ser operada en Buenos Aires y descaba estar con ella.

Enrique quería a su mujer con ternura y

avidez. Pasión tan grande y tan ardiente debía ser, forzosamente, inextinguible, así él pensaba, y cuando recordaba sus amores de otro tiempo, juzgábalos cosa irrisoria y baladí, olvidado de que ellos poseyeron, dominaron su existencia anterior, no tan lejana. Pensando en su mujer sorprendíalo, alarmándolo casi, su serenidad.

Un sueño maravilloso había sido para Magdalena su matrimonio; un éxtasis lleno de bienaventuranza.

Nada sabía ella del amor desgarrador, celoso; nada de furores o arrebatos. En su alma, armoniosa hasta en el querer, no podía haber nada violento. La dulzura le era tan natural como su respiración, como su propio aliento. Era una de esas naturalezas expansivas para la alegría, reservadas para el dolor, flojas para la revancha, a quien tan sólo la idea de una venganza doblega y desanima. Como todas las criaturas selectas, ganaba en la intimidad, a medida que el tiempo iba permitiendo conocer su valimiento, el cual no se apresuraba a revelarse.

En cuatro años, Malena fué madre tres ve-

ces. Sus hijos, bien constituídos, estaban destinados a soportar, sin embargo, todas esas enfermedades leves de la primera infancia que retrasan su crecimiento, exacerbando sus nervios y vuelven a los niños voluntariosos e irascibles. Inexperta y amantísima, convirtióse en esclava de su maternidad, alejándola de preocupaciones excesivas de todo comercio social. Por tal causa, también por su salud debilitada, pasaba en el campo la mitad del año. Transcurrió un tiempo más de pequeñas alarmas y grandes cuidados, y Enrique, hasta entonces completamente dedicado a su mujer, comenzó a sentir los efectos del aburrimiento. No se rompen tan fácilmente, para siempre, viejos vicios y viejos hábitos.

Una mañana, recostado en un balcón de su quinta, en San Fernando, distinguió a Malena vagando por el parque seguida de sus hijos. El traje color de rosa, el gran sombrero de paja florentina, su frescura de tez, dábanle aspecto de niña. De pronto, complaciente al ruego de los chiquillos, echaron a correr, desapareciendo entre los árboles para aparecer de nuevo, trayendo las manos lle-

nas de guindas maduras. Sentáronse sobre el césped, pues querían ellos, con las frutas, adornar a la madre. La voz de su mujer, las risas de sus hijos, subían hasta el balcón de Enrique.

Aquel cuadro delicioso hubiérale encantado un año atrás. Ese día trájole a la memoria la confesión ingenua y cómica de un amigo:

—¿Sabes, Enrique? Temo empezar a querer menos a María.

—¿...?

—Recordarás que mi mujer es ceceosa.

—¿Y bien?

—Voy encontrando menos gracioso su ceceo.

“Eso debe ser el matrimonio” —dijose Enrique pareciéndole pueril lo que antes le sedujera tanto en Magdalena.

• • •

Malena, poseedora de una fe que jamás había menguado, creía, no por enseñanzas,

sino por su inclinación natural de su temperamento hacia un supremo ideal.

Un fondo de real ponderación y una inteligencia amplia y muy discreta, la habían preservado de las trivialidades religiosas, sugiriéndole que aquello en que creía era demasiado abstracto para ella investigarlo.

Y creía en ello simplemente, y sin analizarlo.

Una fe igual, también sin menguas, tenía puesta en su marido, sin investigar tampoco un pasado en el cual ella no entraba. Bastábale saberlo suyo en el presente; exclusivamente suyo y por entero.

La primera advertencia de una alteración en el ánimo de Enrique diéronselas sus propias ironías, abandonadas desde largo tiempo como un arma inútil en un cajón cerrado. Era apenas, es cierto, una sátira tenue y fugitiva, más maliciosa que amarga, dirigida a las cosas más que a las personas todavía. En Magdalena producían, sin embargo, una impresión inexplicable de malestar.

Un domingo tenía amigos íntimos a almorzar. Uno de ellos comentaba la situación

infernol soportada por algunos matrimonios malavenidos, precisamente casos y nombres conocidos.

—Los infelices... Viven en continuo ataque sin poder soportarse y no se atreven a pedir separación por temor a un mundo en que no pesan.

—¿Y Malena piensa?... —preguntáronle.

—¡La separación de dos seres tan estrechamente unidos, durante tanto tiempo, debe ser una cosa atroz! —exclamó ella en vez de responder, mirando con ternura a su marido, sentado al otro extremo de la mesa.

—El divorcio... —comenzaba a explicar otro de los comensales.

—Entendía yo hablar de separación, no de divorcio —replicó vivamente la joven.

Enrique estaba ese día nervioso y de mal humor, y obediendo a la tentación injustificada de contrariarla, observóle con sorna:

—¿Vamos volviéndonos casuísticas, Malena?... De todos modos se habrá visto mayor injusticia. La cólera, la embriaguez son causas atenuantes para los delitos; no obstante, esa fuerza perturbadora, trastornadora, que

entraña el amor, no favorece a quien pide gracia por haberse casado.

Los huéspedes saludaron con una carcajada la salida. Malena rió también, mas con flojera. Sentía un escozor, casi una pena, oyendo hablar con tanta ligereza a su marido, es de cuestiones para ella graves como la vida o la muerte.

• • •

Desde mediados de marzo Enrique estaba en Buenos Aires. Ese año, y por primera vez, precedía a su familia, detenida en la estancia por razones de salud de uno de los niños.

De Malena, tan amorosa y regalona, había partido la iniciativa una tarde, viendo bostezar a su marido con exceso.

En vano trataba de ocultarlo: el mundano movedizo, pagado en demasía ya su tributo al amor conyugal y a la vida doméstica, se aburría irremediablemente.

—Mira, Enrique —dijérale ella—. Nosotros no podemos, es inútil pensarlo; regresa a Buenos Aires antes del restablecimiento de

Nenuca. Es necesario fortalecerla. Después de la tos convulsa, ¡ha quedado tan flaquita! Y, como comprenderás, a mí me sería imposible descuidarla. Quiero hacerte una proposición: a causa del nuevo ensanche, nuestra casa debe encontrarse en un barullo descomunal; además, esperan órdenes para la colocación de los tapices y cuadros; el cuarto de Enriquito y el de mamá necesitan un vistazo, y tantas otras cosas, mi hijo. Pues bien, tú te vas adelante para ocuparte un poquito de eso por allá. Harás preparar todo para recibirnos dignamente. Sí, anda, querido, pronto nos reuniremos nuevamente a ti.

Enrique hízoselo repetir varias veces por reconciliaciones de conciencia, y luego, abrazando a la madre, comiéndose a besos a su mujer y a sus hijos, partió, disimulando su ánimo contento.

La madre, experta, hizo algunas observaciones a Magdalena.

—Mamá —respondióle—; un hombre como él necesita, de vez en cuando, sentirse momentáneamente libertado de las tiranías de la familia. Adivino y comprendo su deseo de

andar ir y venir solo; reunirse con sus amigos, divertirse un poco, después de tanto tiempo. No todos los hombres encuentran la felicidad en la monotonía. Dejémoslo ir—. Y como le diera pena su propia condescendencia, agregó, besando a la anciana señora, que no hacía diferencia entre los dos—. ¿Y quiere saber usted una cosa, señora rezongona? Nunca nos habíamos separado todavía Enrique y yo. ¡Y deseo tanto conocer el inmenso placer de volverse a encontrar! —Y dejéese consolar por su propia ilusión.

• • •

Esa noche, 16 de junio, hacía mucho frío. Enrique esperaba en la estación Constitución el tren de las 21,20, donde venía su familia, la cual, obligada por una recaída de la niña enferma, quedárase en el campo mayor tiempo del convenido.

El tren retrasábase, impacientando al joven transido de frío en aquella noche glacial. Por fin se divisó la luz roja de la máquina que avanzaba.

Escudriñando los coches descubrió en uno de ellos, achatada sobre el vidrio, la cara de Magdalena, cuyos ojos buscábanle también. “Ahí está papá, ahí está papa”, gritó sacudiendo suavemente a sus hijos adormecidos. Y, jubilosa, saltó del tren, todavía en movimiento. “¡Ah, el placer inmenso de volverse a encontrar!”, como dijera a la madre cuando su partida...

Horas más tarde, la joven, olvidada del mundo en la casa silenciosa, el corazón crispado por el exceso de felicidad para ella siempre nueva, balbuceaba: “Enrique, Enrique”, único nombre que ocupara todo el ciclo recorrido de su vida de mujer, comenzando a dormirse dulcemente.

Su maravillosa confianza la preservaba todavía de conocer que entre ellos dos se interponía ya otra imagen, emponzoñando sus caricias.

• • •

Esa maravillosa confianza evitó a la joven por algún tiempo conocer lo que todo Buenos Aires conocía.

Veía escasa gente, salía poco, no asistía a fiestas. Malena amaba su casa; la casa paterna de su marido apenas modernizada, donde él había nacido, donde su padre muriera. En ella habían nacido sus hijos; vivido ellos dos su amorosa vida de intimidad. ¡Cuánta dulzura encontraba dentro de sus viejas paredes, espesas y sordas, levantadas como para defender el hogar de las destemplanzas exteriores! No sabía por qué después de su regreso, encontrábala esta vez más grande y como deshabitada.

La conducta de Enrique comenzaba a inquietarla. “¿Se aburría ya hasta el punto de no estar nunca a su lado?”. La inquietud fué, poco a poco, excitando su corazón plácidamente fervoroso. Se acusó a sí misma de indolencias; juzgó su deber combatir con su presencia los afectos contraídos por su marido lejos de ella, y decidió hacer vida mundana.

A Malena no se le ocurría pensar que los nuevos hábitos de Enrique no eran nuevos: Enrique reviraba.

Hombre de mundo, suplía ahora ante ella

su tibieza con sus frases gentiles, y sus maneras seductoras de gran señor, más seductoras cuanto más forzadas. Vigilante en permanencia de sí mismo, vivía atormentado en su actitud artiifcial. Huía de la casa para descansar. En esta situación, ambigua y sorda, pasáronse dos meses.

Un martes, día de moda en el Odeón, donde funcionaba una compañía francesa de primer orden, a la hora de sentarse a la mesa, presentósele Malena resplandeciente. Vestía un terciopelo de colores indefinido, como los del ópalo; una faja de armiño, bordeaba su bata escotada de encaje; perlas soberbias mezclábanse al blanco nacarado de la carne. Alta, más mórbida ahora conservaba en su lujo el aporte sencillo que tanta señoría presentaba a su figura; la cabeza siempre hacia atrás, los ojos siempre risueños, la boca siempre infantil.

Enrique, para quien la elegancia era una religión, sintió al verla el goce estético de su atavío y la encontró muy linda. Se lo dijo en frases sinceras. Llenas también de hipocresía y simulación. Contenta, acurrucada y mi-

mosa, cubierta por sus pieles y resguardada en su automóvil, confortable como su salón, de la inclemencia de agosto, Magdalena llegó al teatro.

Cuando ocuparon su palco, advirtieron la atención de la concurrencia, numerosísima, fija en ellos, sintiéronse molestados por tal demostración de interés insistente, apenas disimulado por la buena educación.

Enrique conocía la razón de tales curiosidades, y realmente fastidiado, sentóse en el segundo asiento, un poco atrás, en la penumbra. Dos o tres veces ella le habló, contestándole él distraído y displicente.

—Aire particular tienes esta noche, Enrique —contentóse con decirle, mirando al escenario, donde se daba comienzo a “La Dama de las Camelias”...; esperábase impaciente a Margarita.

Esta llegó encarnada en Marie Rose, la famosa artista creadora, a quien desde ese instante el público perteneció.

También Magdalena seguía su juego con los nervios vibrantes y tendidos, sufriendo subyugada, ilusionada por aquella ficción cu-

ya maestría había llegado al más alto perfeccionamiento.

Representábase la escena culminante del tercer acto. Cuando el amante tira a la cara de la cortesana redimida su bolsa y su dinero, Marie Rose, herida en el alma y en la carne, tuvo un gesto de doblegamiento, de mortal derrumbe, magistral, despertando una sola conmoción en el alma colectiva de esa sala desbordante. Una vez pasado el primer momento de silencio absorto, experimentado infaliblemente por la sala, sea cual fuere su condición y su clase, después de impresiones semejantes, la ovación estalló. De pie, la concurrencia lanzaba hurras de entusiasmo, llamando a Marie Rose, a ella sola, pues sólo ella era capaz de darle sensación tan intensa. Y ella apareció, lenta y fatigada. Aquello fué el delirio. Los ¡bravos!, los aplausos, el entusiasmo no decaían. Flores y más flores cayeron a sus pies; flores y obsequios le fueron presentados, acrecentando, si cabe, el entusiasmo. La artista, de todo eso, apenas tomó una caja blanca de manos de un lacayo y sonrió, inclinándose en un saludo de agradeci-

miento que parecía al mismo tiempo dirigido a todos y a uno solo.

En ese momento, Malena, después de suspirar, aliviando su corazón oprimido, volvió la cabeza para comunicar a Enrique sus impresiones. Lo encontró desprevenido; de pie y muy pálido; el cuello extendido la boca ligeramente entreabierta. Los ojos habían tomado una expresión extraordinaria de pasión contenida y de fascinación.

Quedóse atónita ante aquel rostro ardiente que ella no conocía. Y como sintiera pudor por haberlo sorprendido, desvió de él sus grandes ojos.



Atónita, sí, ante lo que sorprendiera, permaneció Malena. Atónita como aquel que duerme y siente una mano brutal que lo sacude.

No poseía antecedentes, dato alguno. La certeza fué, sin embargo, fulminante. Las ilusiones y las miradas celadas, los chismes y

verdades y mentiras en los centros frecuentados, no le hubieran dicho nada nuevo.

¿Necesitaba algo más sino aquel rostro entrevisto, expresión viva y anhelante de un alma que se quemaba?

Era lo irremediable.

¿Podía pretender ella, bonita y buena como tantas pululantes por el mundo, combatir esa otra influencia, indiscutiblemente omnipotente?... A través de la óptica teatral veía inmensa a Marie Rose, desdeñando su propia belleza y su juventud.

En el momento culminante de sus sufrimientos —su primera pena de amor, su primera duda, sus primeros celos— condenó a Enrique acerbamente y hasta con rencor. Luego, habiéndola calmado el llanto, pudo pensar: “Si la voz de tal mujer me estremece toda entera, ¡cuál no será su poder cuando hable de amor a los hombres!” El argumento encontró en su espíritu, blandamente justiciero, disculpas para aquel ser desviado y tan querido.

A los ojos penetrantes del autor de tales males, no podían escapar esas recónditas

preocupaciones. Indudablemente Malena algo había oído, leído, sospechado. Si no se lo hubieran revelado anteriormente su paso cansado y menos ligero, sus cambios de color a cada instante y sin motivo, la distracción de sus caricias y respuestas a los niños, habríale bastado la actitud en que la encontrara noches posteriores a la del Odeón. Una meditación tan grave y tan profunda la embargaba, que no lo sintió, siquiera, cuando al regresar él a la casa, a altas horas de la noche, se había detenido a mirarla, sentada inmóvil delante de su tocador, con los cabellos abandonados sobre las espaldas, soltados por ella misma, como solía hacerlo todas las noches antes de trenzarlos para el sueño.

El espejo reflejaba un semblante doliente y contrariado. Mucho rato la contempló enternecido, desde el salón contiguo, y fácil le hubiera sido aproximarse, envolver con sus brazos su cuerpo frágil y menudo, cubierto por el peinador ligero de batista: decirle esas palabras con que intoxicaba a las demás mujeres. Un fino escrúpulo lo detuvo. Apartó los ojos para no ver su tristeza, y con la im-

presión viva de aquella actitud de súbito hundimiento, caminó sin hacer ruido sobre la alfombra de Oriente y entró en su dormitorio, obedeciendo a un sentimiento parecido al tenido por ella al sorprenderlo en el teatro noches antes.

La fidelidad de los hombres, casados con mujeres de valimiento, es casi siempre un problema moral: el cuerpo se les va y el alma queda. Magdalena no podía poner tampoco en duda la existencia de un comentario público, inflador de la aventura, ni cuán imposible sería despistarle tratándose de personas espectables. Apercibía un ridículo, pronto a caer sobre ella, si llegaba a retroceder en sus resoluciones de mundanalidad. Entonces, con una energía amarga, y para salvaguardar su propio decoro, aumentó el tren de su lujo.

Abrió su casa a una ancha hospitalidad. Amante de la existencia simple del hogar; restringida sociedad de los íntimos, la lectura reconfortante cotidiana, los servicios inútiles prestados a sus hijos con sus propias manos, y sólo por su propia dicha de servir-

los, sus paseos con ellos al aire libre, toda esa vida, en fin, la abandonó, lanzándose al torbellino de fiestas, fastuosa y decepcionada, dejando en manos extrañas el cuidado de sus niños, llevó la vida que otras mujeres persiguen sin descanso y por placer hasta la muerte. ¡Cuántas, sin embargo, la arrastran por una razón semejante a la de Malena!

¡Si se supiera leer en tantos corazones femeninos! Es irritante pensarlo: muchas veces, de la asistencia a una fiesta, ha dependido el honor de una familia.

Enrique trataba de hacer mayor sus atenciones afectuosas para con ella, quien no quería ver en el comportamiento de su compañero sino un comedimento exagerado, encubridor de sus engaños. Hubiera él deseado de todo corazón abolir todo eso que ella creía su secreto, y a costa de muchos sacrificios. Todo: con tal de no sacrificarle el único objeto que los producía.

En una agitación de ánimo semejante, bajaron los dos en la puerta del Colón la noche de una fiesta de caridad.

Mitad exposición, mitad kermesse, una so-

ciudad de beneficencia venía preparando, con tiempo y esmero, aquel festival, preocupación accidental y viva de la alta sociedad.

Magdalena, acompañada por un grupo de señoras y niñas, tenía a su cargo la dirección del "buffet" y la venta de champaña.

En el deseo de dar a la reunión carácter serio y aristocrático, consiguióse formar una comisión de caballeros casados. ofreciéndose la presidencia a Enrique Ancízar.

Malena, bajo una techumbre cubierta de hojas y racimos, iba y venía, graciosa y alerta, entre los muebles rústicos, absorbida por su tarea de atender a la concurrencia constantemente renovada a su alrededor, la cual reclamaba, gentilmente, ser servida por sus manos, atraída por su distinción exquisita y por su gracia: "Sólo por verla caminar, sería uno capaz de beberse toda la bodega", decíase. Y ella, olvidada de su tortura, sonreía con bonhomía, llenando las copas, recibiendo las miradas y palabras medidas y delicadas flotantes a su lado como pétalos de flores muy suaves deshojadas en su honor. Enrique fué de los primeros en solicitarle

“No una copa, dos”, en frases burbujeantes como el licor. Agradeció su discreta docilidad y bebieron ambos. En el acto corrió por la sala la noticia de la suma, ¡fabulosa!, con que Ancízar había pagado a su mujer aquellas dos famosas copas de champaña.

Y Malena recuperaba sus colores y hasta su alegría.

Cerca de medianoche, cuando la fiesta estaba en su momento de mayor animación, llegaron al teatro voces sensacionales: varios jóvenes, amigos de Marie Rose, destacados de un grupo numeroso en carácter de solicitantes, acababan de obtener su consentimiento de recitar allí. Había sido una tentativa clandestina, la cual hubiera permanecido ignorada en caso de una negativa. Los solicitantes regresaban para prevenir a la comisión del próximo arribo de la comedianta.

“Ahí está, ahí está”, anunció alguien más tarde. Todos fijaron los ojos en la puerta, tratando de distinguir la alta silueta de la artista, esforzándose, la mayor parte, en abrirse paso. Las damas y caballeros del comité de recepción rodeáronla en seguida, y

ella inclinóse, cultísima, con su mejor reverencia.

La sociedad toda seguía, desde tiempo atrás, dentro de lo desconocido, el desenvolvimiento de los amores de la gran trágica con uno de sus hombres más representativos; uno de esos hombres que el mundo acaricia. Del joven joyero al rico cliente, del cliente a su mujer, de la mujer a la amiga, corrió la especie de la joya magnífica a la cual la fantasía agregaba otros obsequios regios. Marie Rose, mujer de emociones fuertes, glorificada, cortejada y rica, no podía ser venal, bien se sabía. La seducción de Enrique Ancízar: ¿pesaba o no pesaba sobre ese corazón voluptuoso e inconstante? Era éste el dilema. Enrique con su aplomo habitual de hombre de mundo y su sonrisa que, levantando invariablemente un poco el labio superior hacia la izquierda, dábale expresión un tanto desdeñosa y burlona, en su carácter de presidente, ofrecióle el brazo, y avanzaron por la calle abierta para ellos dos.

La inteligencia puede ser un arma, un escudo, un medio, un fin, una utilidad, una venta-

ja, hasta un egoísmo para quien la posee. No así la bondad. La bondad es una calidad para los otros, como la luz que sirviendo a los demás destruye su propia entraña. De ahí que los conflictos morales sean terriblemente dolorosos para los buenos, cuando los producen o los sufren.

De ahí que ni uno solo de los espectadores del recorrido triunfal de “los amantes” —así se les juzgaba— no sospechara detrás del exterior orgulloso y la expresión casi glacial de Enrique, el profundo desfallecimiento de su ser moral. Pensaba en Magdalena, ahora que la otra caminaba a su lado, y hubiera querido aniquilar a quienes tuvieron la peregrina ocurrencia de buscarla.

Magdalena, como todas las naturalezas sentimentales, juzgaba el corazón humano por su propio corazón sin sombras. Era lo mismo que pretender mirar un dilatado espacio de lo creado en el pequeño espejo de su tocador. Y, él, sabiéndolo, pensaba ya en un argumento difícil de encontrar más tarde, cuando quisiera convencerla de que pueden existir conmociones terribles en otras almas,

sin que en ellas tome parte alguna el sentimiento.

Pesábanle semejantes aprensiones, y con ellas, saludando a uno y otro lado, prohibiendo a su desagrado aparecer, atravesó la inmensa sala, notando que las personas aglomeradas un momento hacía en el *buffet*, dejábanlo apresuradas, agolpándose en el camino para ver a la artista más de cerca.

El no miró, siquiera, hacia donde Malena se encontraba; pero habría jurado que no se había movido de su sitio y estaba sola, en la actitud implorante y desolada que ella tomaba para sufrir.

Comprendía que al no mirarla creería en un desvío cruel. No pudo. Faltóle el coraje de verla abandonada bajo los pámpanos de su techumbre, y pasó.

Una sensación deprimente cual el miedo encogió el alma de Malena, al ver penetrar a Marie Rose del brazo de su marido. Sabíase tímida, incapaz de intontonas de luchas y combates en los cuales saldría siempre vencida. No sabía, no podía saberlo, hasta dónde

era extraño Enrique a todo lo sucedido y la abatió la desesperanza.

Volvió atrás su pensamiento para mirarlo reflejado en sus tres últimos años de existencia, morador único y supremo, de quien únicamente podía llegarle todo bien o todo mal... “Sin él, sin todo él, ¿qué sería de ella en adelante?”... Ya una vez, en la miserable chacra de sus tíos, quiso morir. Ahora, en medio del ruido de la fiesta en la cual era reina por posición y por belleza, deseó morir también.

Inmediatamente después de la ceremonia de su matrimonio, grave y sencilla, Enrique había presentado a Magdalena un caballero francés de cabello gris, fino y derecho como un florete, sobresaliente por su distinción del grupo de los íntimos, diciéndole tan sólo: “Malena, éste es mi amigo. Es Roberto de Braissant”. La suave desposada, para quien las cosas tenían una importancia extraordinaria aquel día, extendió su mano rebosando simpatía a la persona señalada a su afecto, en tan grave y calurosa expresión. Sus pupilas temblorosas tras el velo cándido, cual

dos grandes luces bajo un ligero viento, encontraron otras pequeñas, llenas de pensamientos tiernos y obsequiosos, en el rostro flaco y bilioso de un hombre a quien, seguramente, la vida había despojado ya de muchas cosas. Malena ejerció en el acto sobre Braissant el irresistible encanto de su belleza suave y de su du:zura. Luego su ojo penetrante descubrió en ella facultades sorprendentes y conocimientos insospechables.

Más tarde, el trato continuado y familiar, sobre todo durante el verano en la estancia hospitalaria, le reveló su alma profunda, su conciencia pulcra, su pensamiento acrisolado; todo lo serio de su vida moral.

“Si yo tuviera una hija, quisiera que fuese como ella”, solía decir Enrique, viéndola cruzar. Y lo decía con melancolía.

Para que se establezca amistad positiva entre un hombre y una mujer es condición fundamental la imposibilidad de convertirse esa amistad en amor. El carácter del cariño de ese hombre maduro, unido a Enrique Ancízar por un sentimiento fraternal incommovible, no podía modificarse, aunque no impi-

diera subsistir en su interior a una preocupación constante por la joven. Sorprendíale inmensamente, sí, la ignorancia absoluta del marido respecto a la vida interior tan activa de su mujer; el descuido por todo aquello que necesitaba buscarse y descubrir en Magdalena.

En ella producía un interés muy vivo, cual sólo en sus lecturas lo encontrara, el comercio intelectual con el amigo lleno de particularidades en un espíritu original, escéptico y sutil, no entrevistas en otro alguno. Por esa mutua simpatía, y sin esfuerzos, había depositado en él una firme confianza.

Concurrente asiduo del club y del palco común en los grandes teatros, fué el primero en notar las asiduidades de Enrique cerca de Marie Rose, su compatriota, con quien lo ligaba una antigua y franca camaradería; no escapándole tampoco la inquietud de la esposa. La noche de la kermesse, una vez cumplidos sus deberes caritativos y sociales, sentíase cansado y aburrido, pensando retirarse. Entretanto, la comediante hacía su aparición. La vió avanzar, lánguida y coqueta, apoyada

en el brazo de Ancízar, precedida de una corte de fanáticos, envuelta en los ropajes sobrios y flotantes de su *peplum* helénico, el cual no había tenido tiempo de cambiarse.

—*Bon soir, mon cher* —díjole al encontrarlo, dedicándole su primera sonrisa sincera de la noche. El la dejó pasar. Más tarde, sin abandonar su aire perezoso e indiferente, caminando con dificultad por entre la selva humana que le interceptaba el paso, se le reunió.

Los oídos de Malena alcanzaban a oír la voz cantante de la fuerte enemiga declamando versos del teatro clásico. Un estallido de entusiasmo advirtióle en seguida que la declamación había terminado.

En el acto se irguió digna y tranquila, pues así quería aparecer ante las miradas de simpatía, de lástima o de malevolencia.

De pronto distinguió otra vez su figura flexible y alta. Caminaba hacia ella, mas no del brazo de Enrique, sino apoyada con familiaridad y soltura en el de Braissant.

Marie Rose iba a Malena después de haberlo convenido con Roberto, quien conocía

su corazón fuerte y voluntarioso; noble, impresionable, capaz de rasgos generosos al mismo tiempo. Sabía también gastado a ese corazón, y por lo tanto no iba a solicitar de él terribles sacrificios. Seguro, pues, de no fracasar en sus empeños, con la admirable concisión de su palabra se lo explicó todo, recalcando los males que su capricho causaría, las penas comenzadas ya a sentir. Y de Braissant enterneció a la artista.

Sin vacilar, resuelta, animosa, según su manera, en el acto púsose en marcha a la conquista de la tranquilidad de aquella joven desconocida. Esta apenas tuvo el tiempo de notarlo y ya estaba allí, allí, frente a ella misma.

Marie Rose penetró en un segundo el alma transparente de Malena. Su inteligencia, hecha al estudio y movimientos visibles de los sentimientos y pasiones, alcanzó la huella de penas intensas.

Se impuso a su simpatía la dulce criatura en cuanto se aproximó, indignándose de ser ella la causa de dolores tan noblemente llevados. Con viveza y apresuramiento casi ma-

ternales, quiso desvanecerlos. Y una expresión amable y tímida, como de sometimiento, casi de humildad, apareció en esa fisonomía tan soberbia para pedirle ser servida por ella. Malena instintivamente, fijó sus ojos en Braissant. No necesitó sino mirarle: sonreía-le sencillo y cordial, mas sus ojos grisáceos, duros, fijos, le ordenaban, como un jefe en un peligro, obedecerle.

Ella no titubeó siquiera. Hombre semejante, no podía aconsejarle jamás nada capaz de comprometer su pudor. Y dócilmente, ofreció a la rival su copa.

Enrique se halaba cerca, atendiendo a otra señora. Para estos casos tenía él siempre lista la ciencia de su "savoir faire", el dominio absoluto sobre sí mismo, tan envidiables. Sin despojarse de su aire encantador, sus movimientos de cabeza y sonrisas un tanto protectores —así se demuestra a los niños su aprobación de sus actos— parecían alentar, dando su beneplácito, a la escena.

La semana siguiente Marie Rose y su compañía abandonaban Buenos Aires.



La naturaleza de los amores depende tanto de las cualidades de quien los provoca cuanto del medio de su iniciación y desarrollo.

Marie Rose, con su talento genial de artista, su corazón siempre ardiendo de entusiasmo por lo grande y por lo bello, su original belleza retocada, su acre perfume de flor pasada que empieza a corromperse, no podía producir sino pasiones impetuosas y fugitivas como sus gestos.

El alejamiento del ser que las inspira impone casi siempre tranquilidad a sus arrebatos, y con él comienza el olvido por la reflexión, a la manera cómo se apacigua la cólera con la fuga de quien la excita.

Esa fué la pasión de Enrique; imperante sobre la imaginación y los sentidos, violenta y pasajera cual una crisis.

A Malena parecíale, ante la evidencia de un final inesperado, haber escapado milagrosamente de un naufragio. Asombrábale, sí, esa gran facilidad de olvidar... ¡Había sido todo aquello tan superficial!

¡Y ella que creía descubrir abismos insondables en el corazón de Enrique!



—Tercera luna de miel —dijo Enrique a Braissant, quien reía por haberlo sorprendido inclinándose, para que su mujer enlazara los brazos a su cuello, y besara sus ojos oscuros, de párpados pesados. Y agregó—: Como sucede siempre en estos casos, Malena me invita “a una escapadita a la estancia”.

De Braissant divertido, sobre todo por los sonrojos de la joven, le preguntó, malicioso:

—¿Es cierto todo eso, Magdalena?... ¡Qué enormidad!

Aunque sus ojos expresivos decían al mismo tiempo la confusión de verse sorprendida, la alegría después del dolor, la seguridad después de la desconfianza, el amor reconquistado, la radiante esperanza de irse lejos a gritarlo, ella apenas supo contestar:

—El campo es tan lindo en esta estación. El parque debe estar lleno de flores.

—Con flores de retórica...

No bien lo hubo dicho, Enrique se arrepintió por haber hallado, en sí mismo, una leve intención de herir a Magdalena: sobre todo por que le pareció su dicho vulgar y torpe, tonto y de mal gusto. Corrió tras ella, pues salía de la habitación a mudar su traje de casa, y allí, en el *hál*, llenó de besos sus cabellos y de promesas apasionadas sus oídos.

A Malena no le había llegado su pequeña sátira. Mas Roberto cazó al vuelo ese síntoma de un despecho latente, acechando a Ancizar en sus mejores horas y gritó, casi involuntariamente, a la joven que se alejaba:

—No se deje condenar por las palabras de ese Luzbel, mi querida Malena. Dígale con Napoleón: Me preocupo siempre de lo que los hombres hacen, nunca de lo que dicen.

• • •

—¿Qué hace en Buenos Aires un hombre rico que desprecia los negocios? Vamos a ver.

—Se dedica a la política —respondió de Braissant, desde las honduras de su sillón de

búfalo, a Ancízar, quien se paseaba, según costumbre, en una sala del club.

—Quita allá: es repugnante la política.

—Lee, escribe, estudia, piensa.

—Leo. Para el estudio me falta coraje; para escribir, me falta talento; pero para pensar me falta juicio.

Un momento de silencio y Enrique prosiguió:

—Sí, di tú, el gran maestro de esta masonería de puertas abiertas, ¿qué hace un hombre rico en Buenos Aires, que desprecia los negocios, a quien le repugna la política; que no estudia, no escribe, no piensa?

—Pues, hijo mío, se pega un tiro.

—No seas bárbaro. ¡Amo la vida! ¡Ah, sí, la amo con todo lo que le conozco de seductor y de bello!... Del club a casa, de su casa al club; acompañar a la señora al teatro, asistir con ella a una comida de cuando en cuando. Y a esto llaman ser dichoso tanto babieca con dinero... ¡Felices, entonces, los pobres, los luchadores, los seres perseguidos! ¡Felices aquellos que sueñan inquietudes y ruinas y quiebras y bancarrotas! ¡Felices

los vencidos!, que eso los distrae y los mueve y los preocupa... Vida sin preocupaciones: he ahí lo terrible, Roberto mío. ¿Por qué me miras así?... ¿Qué te parezco?

—Un excelente padre de familia —contéstole con sorna y sin moverse el amigo de Braissant.

Enrique, de un carácter excelente, soltó la carcajada. Refunfuñó después, insistiendo luego, como un borracho, sobre el mismo tema:

—Si todo me sobra y todo me falta. Idolatro a mi mujer, idolatro a mis hijos, a mi madre, a mi país. Pero tengo treinta y siete años y una fortuna que alcanza para comprarlo todo. Soy sano, me rebosa el vigor y la vida, y siento la necesidad imperiosa de vivirla y de gastarla a prisa... No me contestas. Indiscutiblemente: estás idiota, de Braissant.

—Nunca me he sentido más inteligente.

—Entonces no me comprendes.

De Braissant púsose en pie, estiró sus piernas entumecidas y serio, dijo:

—Mira, Enrique. ¿Estás convencido, no es

verdad, de que todo consejo que yo te diera en caso grave sería para tu bien?

—¿En caso grave? —preguntó Enrique con extrañeza.

—Muy grave si para juzgarlo te desprendieras de tu egoísmo... Bien sé que eres un nostálgico de ambiente, y si no te estableces en Europa es debido a los achaques y enfermedades de tu madre, cuyos médicos le prohíben terminantemente atravesar el mar. Consejo: toma a tu mujer, y sin pérdida de tiempo, ándate con ella a Europa, por lo menos una temporada más o menos corta.

Rió luego, esforzándose un poco, para disimularse las sombras muy leves todavía, divisadas por su perspicacia en el horizonte azul de sus amigos. Y terminó bromeando:

—Cuarta luna de miel..., pues me sospecho terminada la tercera.

El mar enseña la relatividad sugerente de las cosas. Al contacto de su inmensidad todo se empequeñece. Los pensamientos mismos, las ideas, tienden a lo infinito, cual si quisieran escapar a la insignificancia que les impone su grandeza.

Desaparecidas las costas, piérdese la noción de tamaño. Quedan las inquietudes que van aflojando sus lazos en su suave inmersión hacia la indeterminación y la vaguedad. Poco a poco se hace la frescura, el reposo en el ambiente moral. Sobreviene el descanso, porque trae olvido ese silencio que flota y domina las inquietudes de las olas. Así el alma de Maïena.

De Braissant, comprendiendo su agitación secreta por la separación de sus hijos, a quienes no podía, por mil razones, llevar consigo, habíale dicho al despedirse en el puerto: "Vaya tranquila: quedo yo". Después no quiso ella enturbiar con sus lágrimas la amorosa solicitud de Enrique, rodeándola de todos los halagos; de Enrique siempre contento cuando se lo seguía. Sólo a la noche, una vez recogida en su camarote, se animó a sollozar. El dormía tranquilo y beato, mientras ella lloraba, convulsiva, tapando su boca para no ser oída. Más tarde, cuando fueron apagándose en el barco las últimas luces y los últimos rumores, apoyó la cabeza sobre las

almohadas y esperó el sueño, consolada por las voces persuasivas de las ondas.

El pesar y el desasosiego irpuestos por la separación de sus pequeñuelos se fueron calmando, aliviados por esa constante preocupación cariñosa del marido, que leía en sus inquietudes.

—No nos hagamos ilusiones, querida mía —decíale riendo—. A estas horas Nenuca, en brazos de la “nurse” que la adora, y bajo la mirada vigilante de mamá, juega olvidada de todo, y los otros, habituados a los mimos de la abuela, tampoco nos extrañan, dedicados por completo a sus nuevos juguetes. Los niños no tienen penas, mi hija; es eso lo que los acerca a los ángeles.

La joven madre no dejaba aparecer lo que en algunos momentos de tribulación se le ofrecía, agrandado, como un conflicto entre dos deberes. Sonreía ante aquellas reflexiones y, fortalecida por su anhelo, juzgando también un deber el retener a Enrique, dejábase arrullar el corazón en las vaguedades intensas de ternura. ¿Acaso de su unión íntima, incommovible con el padre no dependía

también la dicha de sus hijos? Y en busca del ideal altísimo de su feliz destino de mujer y de madre, avanzaba en el viaje satisfecha de sí misma, aplaudiendo una energía de que no se hubiera creído capaz.



París es aislamiento.

Los primeros días de la llegada, Enrique llevó a Malena a todos los museos, a algunos teatros, conferencias; a todos los sitios de arte, de belleza y de intelectualidad.

Parecían dos recién casados de modesta condición y muy enamorados, cuando tomados del brazo a pie, en coche, y hasta en ómnibus, mezclados a veces con eso llamado por los romanos con propiedad y tanto cariño *il popolino*, realizaban sus excursiones, comiendo en los pequeños restaurantes o en las hosterías de los suburbios, para regresar a su hotel de lujo alegres y cansados. Ella encantábase de su vida bohemia; él encontraba picante y nueva esa voluntaria sencillez y esa modestia fingida.

También se acaban los museos, las conferencias, y ciertos teatros en París.

Ancízar, después de haber hecho en la ciudad que para él no tenía secretos, "le tour du propriétaire", le pareció bastante y frecuentó con su mujer otros centros elegantes, donde se rinde culto a todo lo que brilla, a todo lo que suena.

Parecía empeñado en saturarla de ese ambiente de vida nerviosa, agitada, en que todo y nada se precisa y no hay balance mental sin confusiones.

Al mismo tiempo le acumulaba todos los halagos de lo bello y del más alto lujo como homenaje a la mujer, lo cual ella aceptaba complacida y orgullosa, considerándola una prueba de interés continuo; auxilio también para adornarse y parecerle siempre seductora con esos refinamientos que estaban en sus gustos y en sus hábitos. ¿Qué no tuvo Magdalena? Sus diamantes, sus joyas, trajes, pieles, encajes, automóviles, carruajes, caballos, eran citados; principesco el departamento que habitaba; sus salones se hallaban convertidos en un jardín de flores raras.

diariamente renovadas. Ella consentía sobre su frente aquel pesado fausto porque era Enrique quien se lo ofrecía, sin perder un adarme de su naturalidad suave y risueña, ni de esa serenidad a la cual los suyos sólo habían visto alterada por las aflicciones. Los bailes, los estrenos, las comidas, cabalgatas, cacerías, deportes, cenas, sucedíanse para recomenzar. Malena seguía a Enrique; iba tras él. Cautivante como nunca, la subyugaba, la absorbía, la arrastraba, abolía en ella todo lo que no fuese él.

El amor es la más intensa y peligrosa de las pasiones porque se apodera, a la vez, de todas nuestras facultades y sentidos. Al fin la joven sintióse mortalmente cansada, harta del festival permanente, aturdida por los continuos repiques de su vida vertiginosa.

Admirábale la fuerza de resistencia para el placer en los demás, sobre todo en su marido, nunca saciado, floreciente y rejuvenecido cuando ella se marchitaba.

Llegó un momento en que no pudo más, y se detuvo.

Entretanto percibía una tendencia muy

marcada en él a dejarla sola, en la sociedad de quienes se declaraban amigas —Malena no tenía ninguna— para ir a reunirse con sus camaradas.

Luego la vida de Enrique se hizo doble; a ciertas horas era caballero comedido y amable cerca de su mujer, para acudir más tarde, galante y siempre gran señor, a las reuniones de las grandes mundanas.

Una suspicacia sin palabras, la suspicacia del temor, daban a Malena la sensación, coincidente con las horas de desvío, de que las caricias y obsequios se distribuían y había en él una especie de apresuramiento en los paseos que realizaban, durante las horas de la mesa, cada vez, en fin, que permanecían juntos los dos.

Esto hízose más evidente durante las dos semanas de su reclusión obligada por una influenza, algo grave los primeros días.

Enrique asistíala con tierna asiduidad, pero junto con la fiebre cayó su alarma y la enferma notó, desde ese instante, ausente a su espíritu.

Fué aquélla una terrible decepción mucho

mayor que la primera, pues su sacrificio resultaba estéril.

Entonces, tomándose del pretexto plausible de su mala salud, retiróse de la existencia ensordecedora llevada hasta entonces, apartándose de las relaciones sin atractivos para ella, y pasando sus días y sus noches solitarias en sus suntuosas habitaciones de París.

Preparación, todavía inconsciente, de su alma a las grandes resoluciones.

• • •

El viejo cestero —el viejo aquél de quien hablara a Enrique la madre— había sido un catalán, antiguo catedrático, desterrado a causa de sus ideas. La inconsecuencia, el olvido, la ingratitud de sus discípulos y amigos habíanlo decepcionado, no de sus convicciones, sino de la tarea de divulgarlas. Las guardaba como a concepciones preciosas, sin valor circulatorio por falta de riqueza moral para adquirirlas.

Tal hombre fué el padre espiritual, el que curó el alma de Magdalena.

Su espíritu, apenas convaleciente de su altruismo, volvió a recaer ante la soledad y los dolores de la tierna criatura; desamparada, la hospedó en su corazón ardiente como en una cuna y meció sus penas para adormecerlas.

Una vez ésta más crecida, fué despertándole la mente; substituyendo su concepción temblorosa y huraña sobre el mundo con afirmaciones sagaces, a veces paradójicas que la erguían y la avvicindaban a una comprensión más amplia más justa y más racional de la vida y de los actos de su madre.

Con la pasión de un artista para modelar la expresión que muestra el alma, el viejo desterrado formaba aquel espíritu blando y sensible, ensanchándole suavemente el horizonte moral, replegado por el abandono.

Fué para ella el bálsamo que cierra, calmándolas, las heridas de las armas. ¡Malena, a los doce años, había sido ya herida tan profundamente y tantas veces en su madre y en sí misma!

No tuvo él escrúpulos en tocar la llaga viva. Sabía que el dolor inquieto, como el mie-

do, se alivia con el conocimiento analítico de las causas que lo producen.

Experiencia es también previsión; y el viejo maestro preparaba el corazón de la niña para los sufrimientos de la mujer.

Alguna vez le dijo, como explicación sintética para muchas cosas que serían objeto de su meditación y de sus dudas: “La ley, el deber, los convencionalismos aprisionan los cuerpos, rigen sus actos dominan la exterioridad de las cosas. Pero los sentimientos, la razón, el alma quedan libres y sólo obedecen a sí mismos. De ahí que sean siempre posibles las dobles existencias, en que una puede ser infeliz y la otra venturosa”.

Todo eso aplicábalo ella ahora a su situación presente.



Malena escondía substancia de artista. Buscaba y debía encontrar el arte perenne y puro sin mistificaciones, e iba a buscarlo, casi siempre sola, en los sitios apartados y silenciosos.

Acompañada por una anciana inteligentísima, parienta de de Braissant, frecuentaba las representaciones diurnas de un teatro modesto, donde se representaban a la perfección las piezas de Ibsen y Bjoensen, preferentemente. A él concurrían, exclusivamente, hombres de letras y artistas sin renombre todavía, jóvenes estudiantes y artesanos ávidos de recoger, en las palabras venidas del septentrión, propios anhelos.

De una imaginación veloz, interesábanle a la joven inmensamente aquellas heroínas de alma fuerte, proclamando ante todo la libertad, el derecho inviolable a la íntima felicidad, el triunfo incontrarrestable de la individualidad, que hablaban la misma lengua de su viejo maestro.

Un lento trabajo de germinación comenzó en su espíritu puro, tratando de llevarle al convencimiento de que los sentimientos también perecen o se transforman, y nadie podría pretender mantener encadenado a otro ser que ha dejado de pertenecerle porque ha dejado de amarle.

El amor apasionado del Enrique de los pri-

meros tiempos, decíase, se había transformado también en un afecto tibio y deferente por la madre de sus hijos, en el cual debía haber mucha piedad por su pobre infancia desgraciada; de compasión, sabiéndose adorado. Ese trabajo-de zapa iba avanzando, abriendo huella en su alma edificante; madurándose en ella la determinación de liberarlo.

¡Oh, ella no quería piedad ni compasiones!

“El alma de Malena es sensible” había dicho la madre a Enrique cuando sus bodas.



Existen ideas demasiado pesadas para las naturalezas que las adoptan. Si no son el fruto, si no surgen espontáneamente de una preparación ancestral, salvo casos excepcionales, llevan a los extremos o doblegan a aquellos anidan, huéspedes excesivos de una habitación que no les fué preparada.

El individualismo inhumano injertado en su espíritu por el viejo cestero, el cual lo

sedujera anteriormente porque le explicaba y enaltecía a su madre, al encontrarlo de nuevo en aquel teatro, cual un eco de antiguas lecciones, se le mostraba ahora tan justo, tan claro que llegó a parecerle por momentos menos duro su conflicto pasional.

Las lágrimas contradecían después la lógica de esas ideas; era ella de las que se doblan ante esas lógicas terribles... y se mueren.

“No es así —consultábase toda desorientada— por que yo siento así. ¿Deberá haber entonces una verdad para el Norte y otra para el Sud?” Si de Braissant le hubiera escuchado, ciertamente habría sido ésta su respuesta: “No, Malena, más bien una lógica para cada ser. Se nace predestinado a pensar así, a creer esto y no lo otro; a gozar y a sufrir de manera personal y distinta. Es éste el verdadero individualismo”.

\* \* \*

En el matrimonio, quien se siente culpable huye de las explicaciones. Enrique las evita-

ba, cobijando las inquietudes impuestas por la tristeza entrevistas en Magdalena, en sucesivos propósitos de enmienda.

Ella buscábalas aún menos; no tenían sus pesares un asidero concreto, una falla visible, de que pudiera protestar su amor propio de mujer. Era todo indefinido e indefinible, pero real y evidente.

Hacíase el conflicto sin palabras, tenaz, inquietante, como una lucha entre las sombras en que se advierte el enemigo pero no se le ve.

Cuando un ser bondadoso sabe que su placer ocasiona dolor, aquél se le amarga en la proporción de la pena que causa. Esto sucedió a Enrique, sorprendiendo a su mujer, en ocasión de atravesar él una sala de su departamento, apoyada contra la puerta de un balcón, mirando fijamente hacia la calle a través de los vidrios. Su inmovilidad y ensimismamiento, le recordaron haberla visto, tiempo atrás en su casa de Buenos Aires en actitud semejante. Pero esta vez no se apartó como entonces; se detuvo y le habló muy dulcemente:

—Malena, pareces aburrida, mi hija. ¿Por qué no sales nunca ahora? Anímate y anda hoy, tontita mía, al *garden-party* de la legación. Vamos, ponte elegante y muy linda... Más tarde iré yo a buscarte.

—Gracias, Enrique. No me siento todavía del todo bien y me costará mucho vestirme.

—¡Perezosa! —replicó insistente—. No debes faltar. Será, indudablemente, una fiesta muy hermosa y encontrarás todas tus relaciones, a quienes descuidas demasiado.

En la boca tan dulce de Malena se dibujó su primera mueca de ironía, para decir, mirando a Enrique con sus ojos tan grandes:

—Qué me da a mí las relaciones...

El la miró también, con mirada que casi se atrevía a ser penetrante, y dándole dos grandes besos agregó, ya desde afuera, al tiempo de tomar su sombrero de manos de un sirviente:

—Hace frío, querida... Si se te ocurre salir cúbrete bien, mi linda...

Una vez sola, permaneció largo rato inmóvil, mirando siempre la calle, pegada la cara a los cristales. Estos empañáronse bien pron-

to con las lágrimas que ella dejaba correr, invadida de repente por un torrente de recuerdos vivos y punzantes de sus hijos, lejos, allá, sin ella.

Más tarde salió a la calle, a pie, sin rumbo fijo, buscando otro aire para respirar. Anduvo mucho tiempo por calles tranquilas y desconocidas sin conseguir calma para su aflicción. De pronto se encontró ante la puerta de una iglesia humilde y empujada por fuerza irresistible entró por ella.

Cuando el viejo cestero la formaba, sorprendió en sí misma un rasgo de debilidad que le era extraño: había perseguido siempre en su sectarismo, implacablemente, las ideas religiosas, a las cuales achacaba mucho de los que él llamaba absurdos sociales, y sin embargo, las respetaba, las cultivaba casi, en Malena, cuya esperanza se había refugiado en la creencia de la felicidad eterna de su madre en un lugar clemente donde ella, más tarde, se le reuniría. Este sentimiento, nuevo en él, le explicó algo en que no había pensado jamás, e insinuóle también la duda de si su prédica ante los desheredados, no los había

arrojado a una desesperanza mayor, creándoles un vacío moral que no llenaría ciertamente su doctrina.

Por esa puerta entró Malena, encontrándose a poco en tinieblas. Sus ojos, encandilados, sólo al rato distinguieron los contornos de las cosas dentro de aquel templo y también una pequeña luz a la izquierda, en el fondo de la nave. Atraída por ella caminó hasta allí. Era la lámpara del Tabernáculo, ante el cual se arrodiló, prendiendo su mirada en esa luz perenne y titilante tal un alma que vela y ruega.

No pudo rezar: su espíritu estaba demasiado inquieto. Había llegado clamorosa por los hijos, y una vez al pie del altar la absorbía la imagen del padre por completo.

Su invocación a Dios, habitualmente toda alabanza, sumisión y súplica, fué aquella tarde exigente e imperativa como una imprecación.

La primera palabra nació impelida por el sentimiento de ecuanimidad ingénita latente para los demás en su interior, aplicado a sí misma este caso, compendiada en un sim-

ple cuestionario al Inmenso, a quien acudía en sus tribulaciones.

—¿Qué he hecho yo de malo para sufrir así? ¿Por qué no he podido durar en su vida? No tengo otra culpa si no la de un exceso de amor; entonces, ¿por qué la indiferencia viene a turbarme en la plenitud de mi dicha?

Su pensamiento alejóse del templo. “Mi re-  
tramiento le extrañó apenas un momento, díjose, platicando consigo misma, sin insistir, ni desprenderse de su impecable corrección jovial y amable—. Aceptó, pareciéndole sin duda cómoda, la libertad absoluta otorgada por mi silencio. ¿No he debido yo más bien acercarme, introducir mi cariño en su pecho, para que fuera con él a todas partes?”.

Esto pensaba, para volver a machacar en el hierro candente de su mayor preocupación: “Ante mi encogimiento, a mis silencios prolongados él ha respondido como si no los notara, y evadiéndose, ha hecho más largas las distancias”. Recordó haberle él dicho secamente hacía pocos días —comían, frente a frente, los dos solos— ante su negativa a la invitación para asistir a un estreno con

Laura Méndez, aquella espléndida muchacha de “porte de reina” recién llegada a París: “Nada te interesa”. A lo cual ella respondería también lacónica: “Me interesan cosas diferentes; he ahí todo...”. No quería luchar y al mismo tiempo no se resolvía a formar en la fila de los vencidos; harto joven era. Todo su mortal resentimiento le moría el corazón en una exaltación de sufrimientos que su estado nervioso impedía juzgar como excesivo. De nuevo sus hijos impusieron a su memoria, resolviendo exigir de Enrique la partida inmediata hacia donde ellos se encontraban: “O con él o sin él parto...”. En ese flujo y reflujo de ideas y sentimientos encontrados, sin darse cuenta, permanecía de rodillas. El movimiento de la luz aquella, daba a las imágenes apariencias de vida y alargaba las sombras. Sintióse de repente rodeada de peligros; peligros en los que había misterio, incertidumbre, celos, desilusión, nostalgias, miedo... Púsose en pie. Su última mirada al tabernáculo fué una imploración sin sometimiento, alcanzando a exclamar: “¡Ya no será él solamente mío ja-

más!'. Y ese largo concepto de palabra tan suscita, trájole un desconsuelo melancólico, que la recogía en sí misma con extraña obsesión irreducible.

Arrastrando agravios y resoluciones —la resolución de partir y también la de llevar a cabo su vieja determinación de libertarle, manteniéndose para él fría y extraña— atravesó en sentido contrario la nave larga y estrecha.

Vieja iglesia, conmovedora en su vetustez, sugería la idea de tener, cual los ancianos, mayor autoridad; cobijaba a los pobres del barrio pobre, refugiados en ella no a llorar amores contrariados y sentimientos mutables como el corazón del hombre, sino para implorar una ayuda providencial omnipotente, capaz de detener la inmutabilidad implacable de su cruel destino.

Aquella mujeres, diseminadas, aquí y allá, en la penumbra, arropadas en sus mantos raídos, a quienes la aparición de la figura elegante y juvenil de Malena distraía de sus oraciones, venían a pedir para sus hombres,

de esa justicia infinita, fuerzas para amasar el pan cotidiano de los hijos.

La joven, una vez fuera, detúvose para orientarse en el barrio desconocido. Un niño de siete u ocho años, con aire suplicante extendíale su mano abierta. Acostumbrada a ver rodeado su lujo de mendicantes, en seguida buscó la bolsita de oro, llevada siempre consigo, y no la halló. En el apresuramiento con que saliera, habíala dejado en la casa. Miró de nuevo al solicitante para excusarse, sonrojándose como de una falta; el chico, notando su confusión, cosa rara en una gran señora, sonrióle con simpatía y levantó los hombros. Malena caminó, veloz, impaciente por llegar; necesitaba demostrarse airda, manifestar su urgencia de partir.

—El señor ha regresado algo enfermo, señora —advirtióle el portero, en cuanto la vió.

Sorprendida, pues la salud de Enrique era inconmovible, subió de prisa la escalera magnífica. La gente de servicio, que la quería, apresuróse a tranquilizarla, diciéndole en la antecámara:

—No es nada, señora... El señor, tirando las armas, se ha herido en la frente.

No escuchó más. La palabra herida no puede dejar de asociarse a muerte. Magdalena al oírla lanzó un grito estridente; una nube se extendió sobre sus ojos, sintió los latidos de su corazón debilitarse y habría caído si Enrique, acudiendo a su grito, con la cabeza vendada y en *robe de chambre*, no la hubiera levantado en sus brazos como a un niño...

Súbitamente todo su resentimiento se evaporó; encontró de nuevo todo su amor, el cual, a pesar de sus declaraciones a Dios, no había tenido un solo instante la intención de declinar. Dejando caer la cabeza en el pecho de su marido, comenzó a sollozar nerviosamente.

Los amigos, que habían acompañado a Enrique desde el club luego de producirse el ligero accidente, mirábanla enternecidos.

\* \* \*

Las palabras de Enrique debían tener má-

gicas virtudes, por cuanto los enojos, imprecaciones, protestas, decisiones, cedieron, desprendiéndose del espíritu de Magdalena. No obstante, por un temor instintivo, insistió en regresar a Buenos Aires. “Déjame ir a Londres en busca de unos animales para la cabaña, querida —repuso Enrique—, y partiremos en seguida. Deseo yo, mucho también, ver a los chicos y a mamá”. Esto, manifestado en un tono lleno de cariño, despreocupación y buen humor, la conformó. Nada serio debía ligarlo allí indudablemente, tal vez todo no había pasado de un largo aturdimiento de la vida excitante de París.

¡Disponemos siempre de tan grande elocuencia para convencernos de aquello que nos halaga y nos consuela! Eso ayudó a la joven a recuperar su sosiego.

A pesar de ser leve la herida —producida en un asalto con su maestro de armas— los médicos, notando excitación y fiebre y cierta tendencia inflamatoria en el ojo izquierdo también, prescribieron a Enrique un reposo absoluto durante dos semanas.

El amor hondamente sentido no conoce or-

gulos inexorables. Magdalena no era una heroína irreducible sino simplemente una mujer amante, cuyo corazón sensible y joven desmayaba o resurgía según las impresiones que del hombre amado recogiera; una criatura que bajo la impresión del cansancio de una existencia odiosa a su temperamento, o de la desesperación de verse desdeñada, tomaba empeños consigo misma, duros, difíciles de concluir.

Aquella obligada reclusión fué aprovechada por Enrique para reconciliarse con su conciencia de marido y usó, sin esfuerzo, todas aquellas caricias que están en los ojos, en la voz, en los gestos, para los seres que se quieren tiernamente. Malena sintióse rodeada otra vez por aquella atmósfera en que, hallándolo, se encontraba también a sí misma, y volvió a todas las espontaneidades adorables de su carácter y de su espíritu.

El sufrimiento ahonda las meditaciones y agrava cosas serias y verdades relativas.

Enrique sorprendía más completa y luminosa la inteligencia de su mujer, complaciéndose a ratos en dar gravedad a sus conver-

saciones, para gustar el encanto de ese juicio que lo asombraba, mostrándose seguro y recto; de esa comprensión amplia de la vida en que lo fútil y pasajero ocupaban también el pequeño sitio agradable que les corresponde en los caracteres sanamente equilibrados.

Para que la sociedad no sonría ante un hombre hereditariamente rico que trabaja, tiene éste que sobresalir del nivel común de los atareados.

Eso disculpa la indolencia de los rentistas y hasta cierto punto explicaba a Enrique, tan lleno de calidades mentales a las que no daba ocasión de mostrarse. Tímidamente Magdalena le insinuaba preocupaciones importantes, motivos trascendentes en su vida ociosa para la cual ya pasaba el tiempo de serlo.

La pereza, tan extendida sobre cierto mundo, es también egoísmo y un hábito ante todo, que va debilitando el carácter y atrofiando facultades.

—La Providencia sortea los que deben trabajar, como los gobiernos a quienes han de formar en el ejército. Yo saqué un nú-

mero alto, mi hijita, y escapé del servicio obligatorio. No soy, pues, un desertor —decíale Enrique riendo, y eludía, así, con bromas, lo que comenzaba a inquietarlo como un remordimiento en sus horas de meditación.

Esas horas que llegan para todos, cuando el encanto de la vida comienza a sonar con menos armonías.



Durante el tiempo de la enfermedad de Ancízar las tormentas del equinoccio habíanse sucedido sin interrupción, y a pesar de correr el mes de marzo hacía mucho frío. Malena, a la noche, desde su cama mullida, sintiendo el golpeteo del agua y las voces del viento, pensaba en el pequeño mendicante defraudado en su esperanza la tarde en que ella viviera sus horas de mayor exaltación amorosa.

El primer domingo después de haber sido dado de alta su marido, dirigióse al mismo templo para oír la misa. A la ida y a la

vuelta, inútilmente buscó al chiquillo. Igual cosa sucedió el siguiente. El “Viernes de la Virgen de Dolores”, invocación bajo la cual su madre y la de Enrique veneraban a la madre de Jesús, encaminóse nuevamente hacia allí; cuando menos lo esperaba distinguió al fin a quien buscaba, a veinte metros de distancia, en el momento de doblar una esquina y tomar la misma dirección que ella llevaba.

Caminaba doblado por el peso de una bolsa andrajosa rellena de carbón usado, huesos, papas enfermas; de todas esas cosas desechadas por los otros, pero recibidas cual un refuerzo considerable en los hogares indigentes. La joven sufrió un sobresalto en cuanto lo apercibió y apresuró el paso, chistándolo al mismo tiempo, sin ser oída. Apresuróse más, entonces, hasta correr, casi, para alcanzarlo. El niño, notando la sombra de alguien que se detenía cerca de él, paróse también y con gran trabajo volvió lentamente la cabeza y le clavó los ojos.

Magdalena no podría olvidar nunca después aquellos ojos llenos de ansias y fatigas; el triste y amargo cansancio de aquel rostro

marchito en el cual no había ya nada de la infancia; las espaldas, sobre todo, esas espaldas sobresalientes y encorvadas prematuramente que había tenido, moviéndose, durante unos minutos delante de su mirada. Naturalmente asoció a tal visión de injusticia y dolor la sonriente visión de sus propios hijos. Representóse a Enriquito, su primogénito, el hijo del millonario, casi de la misma edad, jugando en su palacio con juguetes raros que representaban una pequeña fortuna, con numeroso servicio y carruaje a la puerta, gozando ya de todo lo que el mundo de los ricos puede apetecer, y comparó.

El pequeño pobre mirábala siempre fijamente desde abajo de su saco de miseria, interrogando la expresión misericordiosa de aquel bello rostro que él no interpretaba, habituado a la indiferencia de los pasantes. Ella, al recibir esa pregunta muda de las pupilas del niño, ahí, delante de él, en la calle desierta, dejó a su rostro bello cubrirse de llanto. Sólo una exclamación brotó de sus labios —la exclamación habitual del fuerte para el débil, del hombre a la mujer, de la mu-

jer al niño: “Mi alma”—, sin ser tampoco comprendida, pues la murmuraba en su lengua materna, luego asentó su mano enguantada sobre el hombro infantil, en un gesto de tierna protección; y, recorriendo con la mirada todo ese cuerpecito que parecía tirado hacia la tierra por una fuerza oculta, impidiéndole crecer, se le ocurrió uno de esos enanos con cabeza de viejo, visto muchas veces en los libros de cuentos, que tanto divertían a sus hijos.

Nada pudo decirle ni preguntarle, no quería herirlo con inútiles palabras de compasión o de consejo, las cuales, estaba cierta, deberían correr sin penetrarlos por encima de los corazones de los pobres, como el agua sobre una substancia oleosa.

Simplemente socorrió, sin ostentar tampoco generosidades reales. Al despedirse supo preguntarle:

—¿Tienes mamá?

—Sí —respondió.

Ella agregó, en el mismo tono usado para despedirse de sus amigos:

—La saludarás, ¿eh?

Su corazón amable, instintivamente encontraba que estas expresiones usuales son las únicas que nivelan a las gentes.

El niño nada respondió.

• • •

El domingo de Ramos, húmedo, nublado, la vieja iglesia rebosaba de fieles, que abrieron paso, complacidos, a Malena vestida sencillamente, esbelta cual las palmas que esperaban en el presbiterio ser bendecidas. Entre la multitud permaneció durante los oficios, impresionada por la poesía de la liturgia católica; mezclada a ella salió del templo. Y desde el atrio presenció cómo se llenaba, de pronto, la calle angosta con esa concurrencia casi toda compuesta de mujeres agrias, flacas, feas, a quienes se reunían corriendo sus pequeñuelos, que jugaban fuera, para arrancarles las ramas benditas de las manos. Caminaban en grupos, semejantes a racimos oscuros y exprimidos, hablando todas a la vez. Después los hombres invadieron la taberna; las mujeres y los chicos re-

poblaron las casas; poco a poco aquel momento de vida cesó en la calle y ésta quedó silenciosa y solitaria.

Malena, allí en el atrio, descubrió a su protegido, quien se le aproximaba para ofrecerle la mitad de su palma. Su carucha demostraba evidentemente el deseo vivo de obsequiarla con lo único que él poseyera en el mundo, junto al temor de ver interpretar como interesada su delicada atención. Ella se dió cuenta en el acto de ese sentimiento de dignidad infantil. Tomó sonriente la verde ofrenda y le acarició la frente sin darle nada.

—¿Vives cerca? —le preguntó sin curiosidad, tan sólo por decirle algo.

—Aquí no más —respondióle, señalando con su mano enfermiza, de falanges demasiado largas, el fondo de la calle.

—Vamos —dijo antes de pensarlo, y sin más caminó detrás del niño.

En las aceras la línea de las fachadas hacía-se tortuosa, aglomerábanse las casas oscuras, sórdidas. Después de un tiempo de andar, el tierno guía se detuvo frente a una

puerta baja desvencijada, demostrando, sin palabras, a la joven que ahí habitaba.

Entraron los dos, atravesando una especie de pasadizo de la planta baja sin luz y estrecho como un túnel.

Llegaron a un pequeñísimo patio común rodeado de muros ruidosos sobre el cual se abrían varias puertas.

—Aquí es —murmuró el pequeñuelo, parándose para advertirle la necesidad de bajar varios escalones antes de entrar, propiamente, en la habitación cuyo piso se hallaba mucho más bajo que el nivel de la calle. “El sol no debe penetrar jamás aquí”, pensó Malena estremeciéndose, mientras descendía las gradas húmedas, resbaladizas.

En el cuarto respiró aire malsano; no distinguió otros muebles sino una vieja cama matrimonial, dos sillas rotas y una mesa. No había fuego y hacía mucho frío, aunque fuera los árboles comenzaban a brotar. Una mujer alta y enjuta, de espaldas a la puerta, llevando en brazos una criatura enclenque que tosía, ocupábase en revolver una mixtura en un pequeño calentador de alcohol. Cer-

ca de una ventana, angosta como una clara-boya, y sobre un pequeño lecho hallábase extendida una niña de quien hubiera sido difícil precisar la edad:

Su frente y cuello, sus manos transparentes y descarnadas aparecían surcadas por venas violetas, sus ojos, muy brillantes, rodeados de oscuro, sus labios, apretados por el continuo esfuerzo para no quejarse, se diría. Toda esa figura expresiva, en la cual no había una sola promesa de juventud ni de frescura, mostrábase impregnada de sufrimiento. Su mirada estaba fija en una pared, frente a su cama, sobre la cual la luz del día era más viva. Dos niños más jugaban y disputaban, rodeando por el suelo.

El cuadro entero, lo abarcó Malena en una mirada palpitante. Encogida, tímida, cual una pobre de visita en la casa de un rico, no supo qué decir. Ante su aparición los chicos quedáronse mudos e inmóviles. La madre dió vuelta la cabeza, mirando a la intrusa con esa profunda apatía que revela un cuerpo usado por los pesares y el trabajo, un alma

entibiada por las zozobras continuas de una existencia penosa.

Un rato más tarde la joven se retiraba sabiendo la historia de esos seres, de los cuales cinco no tenían más culpa que la de haber nacido, uno de ellos la de haberles dado la vida.

La hija mayor, de trece años, había llegado enferma al mundo; nunca pudo desde entonces abandonar la cama; apenas si alguna vez, los días de menos dolores, conseguían transportarla a una especie de sillón o lecho portátil, regalo caritativo de un carpintero de la vecindad. Mucho llamó la atención la exclamación de vivísimo interés, de íntimo contento con que la inválida recibió de manos del hermano los restos de su palma: aquella niña nunca había visto una palma, y llamaba su jardín a las matitas verdes que hacían esfuerzos para horadar, con sus raíces delicadas, las junturas de las piedras del muro del patio, y que en su búsqueda de la luz había descubierto maravillada. Ante esas minúsculas hojas, cuando llegaba la primavera, soñaba con los campos reverdecidos bajo los

rayos de un sol vivificante, que faltaron siempre a sus miembros entumecidos; con el canto de los pájaros cruzando en libertad el espacio del cual ella distinguiera apenas pequeña mancha azul desde su ventana; con el reposo saludable que debía encontrarse bajo los grandes árboles.



Las campanas habían repicado toda la mañana. Era el Sábado de Resurrección.

Malena descendió la escalera de su "hotel" para estrenar su automóvil, último modelo de carrocería, regalo de Enrique. En el umbral recibió el saludo sonriente de la primavera. Las golondrinas, embriagadas de luz, hama-cábanse traviesas en el borde de los techos, cruzaban gritando bañándose en el aire tibio, se entraban por las ventanas abiertas a su paso. Las voces chillonas de los chicuelos alzábanse en la calle sin desconfianzas, y los transeúntes parecían caminar con soltura y sin afanes. El sol refulgente y espléndido penetraba hasta el corazón de la ciudad.

Y cuando la joven, sentada en su carruaje, recorría las avenidas mirada el cielo de América bajo el cual respiraban sus hijos.

Súbitamente una idea le cruzó el espíritu. Con la prontitud habitual de sus resoluciones ordenó al chófer desandar camino. “De vuelta”, gritóle al llegar a cierta esquina; el chófer obedeció y el automóvil, entrando en una calle estrecha, rodó varios minutos todavía, deteniéndose luego enfrente a la casa más pobre.

—Vengo a buscarla para dar un paseíto — dijo a la madre de la niña enferma, indicándosela clavada en la cama.

Malena ante los pobres era tímida; diríase que iba a recibir siempre de ellos un favor. Le salieron todos sus colores a la cara para solicitar ese permiso maternal.

Ayudada por los vecinos, la desgraciada mujer acomodó a su hija en los almohadones claros del carruaje. Rápido arrancó, perdiéndose a lo lejos.

—¡Bendita sea su alma! —murmuró la madre. En su mejilla corría una lágrima, pues su facultad de sentir no estaba todavía muer-

ta. Magdalena hizo cruzar a su compañera los centros aristocráticos y ricos donde las casas eran palacios; los bulevares llenos de gente de toda clase y condición donde las tiendas de lujo se sucedían.

Ella mirábalo todo, muda, sin manifestar sus impresiones, no tan vivas como podían esperarse. Aquéllas eran casas más hermosas, las tiendas, tiendas más lujosas que las pequeñas casas y los pobres negocios de género y comestibles de su barrio; los paseantes gente mejor vestida que la que ella conociera y nada más. Pero cuando después de haber dejado lejos la ciudad, Malena pidió que levantana la capota para mostrarles sin estorbos la campiña verde, los ojos rodeados de obscuro de la enferma se agrandaron, su pecho enfermo se dilató, y un color sonrosado le avivó la cara.

El chófer y el joven lacayo buscaban la parte más lisa del suelo, esquivaban las piedras para evitar a ese pequeño cuerpo doliente sacudimientos y fatigas; ambos cómplices de aquella obra de amor.

Sin necesitar la señora ordenarlo, el auto-

móvil disminuyó su marcha y lentamente penetró bajo el follaje. La niña lanzó un grito de admiración cruzando devotamente las manos como en una iglesia: árboles seculares prodigiosos; árboles más jóvenes de tronco liso y hojas copiosas; árboles adolescentes no bastante cargados de follaje todavía; tiernos árboles nacidos en el año, árboles raquíuticos, relegados a la sombra, absorbida su savia por los otros en la eterna lucha por la vida, invadían, poblaban, dominaban la selva que parecía sin confines. Árboles a derecha e izquierda de todos los tamaños, de todos los matices, los estrechaban, los escoltaban, los precedían... ¡Eso era el bosque con el cual ella soñaba!

Un profundo silencio lo habitaba y una profunda calma. De tarde en tarde un estremecimiento sacudía las hojas, una rama crujió, un pájaro gritaba oculto entre el follaje. En los intervalos de las ramas, fajas de luz resbalaban hasta el suelo marcando en blanco las angostas sendas.

La singular caravana, al llegar a una especie de portada luminosa hizo alto. Allí la es-

pesura se abría permitiendo ver el cielo en todo su esplendor, los campos suaves y amables cuyo verdor interrumpía tan sólo el azulado de las aguas del río corriendo incesantes, y el blanco opaco de una arcada de piedra destacándose de la gran masa vegetal.

Toda la vida de la niña estaba concentrada en su mirada ardiendo para abrazarlo, respirarlo todo: desde el agua y la planta, hasta los vapores violáceos y rosados flotantes en el horizonte, anunciadores de la tarde.

Así permanecieron largo rato, sin moverse ni hablar, dejando a ese espíritu absorto vivir su ensueño. La quietud de la campiña los envolvía. Como si despertara, la niña volvióse de improviso hacia Malena, en cuyos ojos claros se reflejaba el bosque. Y apretándole el brazo con su mano nerviosa díjole, en la única lengua que conociera y con una expresión de extraordinaria intensidad, las palabras sintetizadoras de la impresión profunda producida en su alma por todo aquello que se le revelara:

—*Madame: j'j'aime le monde!*



Malena llegaba a su casa radiante como el día. Satisfecha de si misma y de la vida, era entonces ella quien sonreía a la primavera.

Rápidamente subió las escaleras, recordando recién que debía vestirse para asistir a una comida y era tarde. En las primeras habitaciones obscurecidas por la hora y las tapicerías, oyó la voz de su marido:

—¿Me pide usted un consejo?—Aquí lo tiene: si es un hombre de posición y de dinero—creo que tiene hasta título— si es maduro sobre todo, cátese sin vacilar.

—¿Es usted quien me lo aconseja, Enrique?

El timbre, el tono, la intención de quien hablaba la detuvieron. “Laura...” murmuró.

Junto con la palidez de su rostro se hizo la confusión en su espíritu.

—Sí, yo se lo aconsejo; pero siempre, se entiende, que se case usted antes conmigo.

Y pareció aproximarse a Laura.

—Cuidado... —oyó Malena decir a ésta irritada.

—Tonterías —replicó él bruscamente y

fastidiado—. Los besos, las caricias: eso es el amor. Lo demás... puramente literatura.

La esposa de Ancízar hallábase paralizada por una de esas situaciones que, como una ironía, resultan humillante, momentáneamente, para el inocente.

¿Cómo salir sin ser oída?... En eso oyó de nuevo preguntar a Laura muy dulcificada:

—¿Siempre será el viaje a Londres el quince? En casa estamos todos listos.

—Sí, el quince —asintió Enrique.

—¿Pero ella?... —preguntó de nuevo y con vivo interés la hermosísima muchacha.

—A ella la marea terriblemente el estrecho —contestó él secamente.

—Sin embargo...

Enrique, en un tono que no admitía réplica, la interrumpió:

—Ocupémonos de nosotros ¿quiere?... Dejemos aparte a Malena, se lo ruego.

Como si su nombre la hubiera arrancado de una pesadilla, Magdalena recuperó el dominio de sí misma. Inmediatamente su mano

apretó el botón de la electricidad, iluminando el salón.

Inmutóse Laura y Enrique la miró con desconfianza al verla entrar en la habitación donde ambos se encontraban. Ella, impasible, saludó como de costumbre, pidiendo excusas para retirarse, pues necesitaba vestirse y estaba en retardo. Laura se despidió. Enrique, una vez solo, por primera vez sintió sinceros, profundos remordimientos, aunque sin certeza de que Malena hubiera oído el discurso insolente de su nuevo capricho.

—Nunca has estado más linda —insinuóle, sintiéndolo de veras, cuando apareció ella otra vez, una hora más tarde, admirablemente bella en su tocado.

“¿Habrás oído mis palabras?” —pensaba no pudiendo soportar la duda. Le besó la mano en un estado de extraordinaria turbación. Ella no la retiró. Quiso después ponerle él mismo su manto de pieles. Admiró la delicadeza de su nuca, las espaldas nacaradas, la pureza del perfil, la opulencia de la cabellera, la dignidad de su porte.

Ella, al sentir su aliento tan cerca de su

carne, enrojeció y se envolvió de prisa en su regio tapado. Caminó hacia el vestíbulo, cruzando el *hall*, para tomar su carruaje. Enrique la siguió. Se paró allí para decirle, mirándolo fijamente a la cara con sus ojos espléndidos como dos astros:

—Enrique, me voy a Buenos Aires.

Este escrudiñaba su frente, esforzándose para leer su pensamiento.

—Sí; allá están mis hijos... No puedo más vivir sin ellos.

Tales palabras, firmes y entrecortadas al mismo tiempo por una emoción de que no fué dueña, advirtiéronle que toda dilación era imposible. Por otra parte, Enrique lo deseaba realmente, aunque lo deseara demasiado tarde.

—Vámonos —dijo él, disimulando la agitación detrás de su tranquilidad—, te he manifestado hace tiempo, Malena, mi deseo de ver a mis hijos y a mi madre... También yo estoy cansado y deseo regresar.

En ella nada podía ahora ya tanta docilidad. Bajó los ojos, levantó la cola de raso de su vestido, y los dos descendieron la escale-

ra de su gran palacio iluminado, el cual, en adelante, muy pocos días deberían habitar.



En cuanto de Braissant vió a Magdalena comprendió que les llegaba cual un pájaro arrollado por la tormenta.

Durante las semanas del viaje de regreso, mucho había meditado la joven. Como en los sueños tomaban realidad las penas de su madre por asociación con la propia desventura. Llegaba a pensar que su aislamiento del hombre amado era más cruel que el total abandono soportado por aquella que le diera el ser. Se creía por herencia predestinada a igual desgracia. Y esa idea fatalista le traía un turbio consuelo, pues le alejaba el pensamiento de tener ella la culpa, por incapacidad, de no conservar para siempre el ánimo de Enrique.

Entonces su amor materno se alzó para recuperar toda su fuerza; hizóse punzante y claramente puro, penetrante ante su conciencia, el dilema de su vida: ¿Debería emplear-

la en correr tras Enrique, invariablemente fugitivo, o dedicarla a sus hijos en edad de formarse?

Las tardes de la quinta de San Fernando, los días apacibles de la estancia, llenos de sus escenas infantiles, imponíansele obsesivos. Al mismo tiempo un lacerador cansancio físico y moral la abatía.

Una vez en Buenos Aires, con una firmeza pasmosa para Enrique, convencido hasta entonces de curar con un beso todas las heridas, disolver con una palabra todos los agravios, recuperar a su mujer con sólo desearlo, comenzó para ellos una vida nueva.

Sin explicaciones, sin reproches, sin palabras, estaban separados. Esa era la realidad oculta en las buenas formas de recíprocas obsequiosidades aparentes. La madre no se animaba a intervenir en una situación, que aun ella misma procurábase esconder. Se limitaba a querer más a Malena, si cabía; a mimarla como se mira la niñez o la desgracia.

Enrique veía un reproche velado en cada uno de esos cariños ostentosamente prodigados por mujer tan justiciera, con visibles in-

tenciones curativas, pensaba. Y vivía alternando sus impresiones entre el sentimiento desprendido de los sobresaltos de su conciencia, y el despecho emergente de su altanería.

La casa comenzó a serle incómoda, semejante a todo lo que se teme. En el club, donde pasaba sus tardes y sus noches de marido sin deberes, oyó hablar de una misión importante a una república americana y de las dificultades de encontrar el hombre apropiado para asegurar el éxito entre los que se hallaban fuera de posiciones oficiales.

Desde hacía tiempo venía pensando en una forma decorosa y limpia de alejarse, como un medio de apaciguar, por languidez, las resoluciones de Malena, las cuales le parecían rencorosas y que se instigaban con su presencia.

También y sin quererlo confesar, era una manera de renovarse ante el espíritu de su mujer de quien empezaba a preocuparse más de lo que él deseara. ¿No le había aconsejado ella siempre una misión útil para su existencia?

Con la impaciencia habitual en él para sus

decisiones, buscó el amigo apto para insinuar su candidatura. Sabía que así se hacen las espontaneidades de los ofrecimientos gubernativos. Una vez obtenida la seguridad de su designación, habló recién a Malena.

No fueron ruegos sino razones las expuestas para decidirla a acompañarle.

—Mis hijos me necesitan cada día más —  
fué la respuesta invariable.

Hirióle a Enrique que las palabras “Nuestros hijos” se substituyeran por las “de mis hijos”, y fueran ellas solas capaces, en su concisa simplicidad, de destilar tanta amargura y de tener un concepto moralmente tan vasto.

Hasta para entender las palabras se necesita sufrirlas. Este detalle de tan insignificante apariencia abrevió sus preparativos y su marcha; envenenó positivamente las reflexiones sobre sus íntimos acontecimientos.

De Braissant, por quien se sentía amado como un hermano más joven, un hijo tal vez, declaróle un día por toda respuesta al cuestionario de sus dudas:

—Lo que hay, Enrique, es que tú has creí-

do siempre y sigues creyendo que el universo se ha hecho para ti.

Y tratando de suavizar con una de sus generalizaciones la impresión de su juicio, agregó:

—Por otra parte, eso va saliendo un pensamiento nacional.



¿Su vida de esposa feliz, de mujer amada después de ocho años rápidos, embriagadores, fugaces como una serie de sueños, había terminado y era necesario despertarse? Tal pregunta, afirmativamente contestada por los hechos, desorientaba, quebrándola, el alma de Magdalena, como un temporal el palo mayor de un barquichuelo sin abrigo.

¡Cuántas veces había compadecido hogares amigos donde los esposos, una vez desvanecidas la ilusión de las primeras horas, vivían, frente a frente, mirándose fríos, estorbándose, tal vez, en una vida demasiado larga! ¿Su hora había entonces llegado también?...

¡Cuántas veces y cuánto había ella perdo-

nado para alejar ese momento! Hacía tiempo, lo comprendía, que no era ciertamente ella ya el centro de su vida, pero nunca quiso pensar que debería continuar sola en camino: privada de esa inmensa ternura.

Todas sus decisiones de resistencia para el amor más imperativo y potente de su vida, ante el cual aun era menos grande su mismo amor paterno, servíanle para Enrique, mas no para sí, cuya vitalidad se consumía. Aca-riciaba apasionadamente a sus hijos, pres-tándoles los cuidados de la madre más aman-te, llenaba de amables previsiones a la madre, era siempre amable y afectuosa con el viejo amigo, pero daba a estos últimos la impresión de que su espíritu viajaba, dejando a su cuerpo vacío. Sin embargo, de sus labios no sa-lía jamás una palabra, una alusión, siquiera, condenatoria para el ausente. Nadie podría haber sospechado, fuera de ellos dos, ese di-vorcio absoluto.

Al cabo de un tiempo, el cambio operado en la querida criatura les causó alarma, ma-nifestada de diferente manera, según los di-versos temperamentos de la madre y del ami-go.

Una mañana la señora, volviendo de su misa cotidiana, se dirigió derecho al *toilette* de su nuera.

Acababa de bañar a Nenuca, quien, gateando sobre la alfombra y llevando por todo vestido una camisola muy larga de la cual salían sus bracitos desnudos y abandonados sus juguetes esparcidos por el suelo, se entretenía en jugar con sus propios rulos, promesa de una cabellera caudalosa heredada de la madre. Esta, sentada en un taburete bajo, tenía apoyados los codos sobre las rodillas, la cabeza agachada y la cara oculta entre las dos manos. ¡Permanecía desde cuánto tiempo en esa posición, extraña a todo lo que la rodeaba? pensó quien la sorprendía, encontrando en esa reconcentración aisladora algo del retraimiento hurraño de la niña que fuera un tiempo Magdalena. La joven no pudo ver el gesto compasivo y maternal de los viejos brazos extendidos hacia ella.

—¡Mi hija! —exclamó con una expresión de cariño profundo, en voz alta para sacudirla.

Malena levantó lentamente la cabeza. La

señora le vió entonces el rostro, no huraño, sino dulcísimo, con la mirada de sus ojos que parecía volver desde tan lejos.

—¡Mi hija querida! —repetió tan sólo la discreta mujer, asustada ante el dolor que su propio hijo provocaba, y de nuevo le extendió los brazos, pero esta vez como solía hacerlo con sus nietos muy pequeños, para alentarlos a hablar o a caminar.

Malena, al rato recién, díjole en tono reposado y simple, con el aire de quien estuviera comprobando algo imprevisto.

—¡Y yo, mamá, que me creía una mujer feliz!

• • •

La niña mayor tenía fiebre y, aunque sin importancia, bastaba para trastornar a la abuela, de quien era la idolatría y dar mayores preocupaciones a Magdalena. El médico acababa de retirarse declarándola fuera de toda complicación. La abuela en cuya habitación dormía la nieta, ocupábase en jugar con ella muy despabilada en su cama. Eran las horas avanzadas de la tarde, oscurecía, y

Magdalena habíase refugiado en el pequeño salón donde se recibían los íntimos para confundirse, perderse, en las sombras. De Braissant entró como de costumbre a informarse de la enferma y distinguió el vestido blanco de la joven hundida en un sillón.

—Buenas noches, de Braissant —díjole ella, desde su rincón, viéndole venir.

En el acto notó el amigo una alteración en esa voz que parecía ronca, salida de un pecho hinchado por las angustias. Sin esperar más, para desechar el fantasma que debía atormentarla, prendió la luz eléctrica. Ella se enderezó, apareciéndole su figura, así de desprevenida, en toda su verdad: el rostro enflaquecido, los ojos inflamados, los ángulos de la boca caídos. Toda su persona le pareció un lamento.

—¿Qué hay? —preguntóle él, aunque sabiendo inútil su pregunta.

—La enfermedad de Malena me alarmó tanto... —quiso decir ella vagamente, explicando su abatimiento. No pudo concluir. Sin moverse, delante del amigo, apartando los pudores y vergüenzas, inundada por un to-

rrente de dolor, dejóse estremecer por los sollozos. Lloraba sin cubrirse, siquiera, la cara, abandonada, vencida, con sacudimientos y estertores, como lloran los niños que tienen penas.

De Braissant, con el corazón conmovido, apartaba los ojos para no mirarla en ese instante de ostensible desesperación, único en la parte de vida que él le conociera. Paseóse silencioso un largo rato, con las manos frías y pequeñas gotas de sudor sobre la frente. El era quien más la conocía, quien más estuviera a su nivel, el único que comprendiera hasta dónde era profunda, exquisita y extraña el alma de esa mujer escondida en un cuerpo tremulante por la congoja, disminuído, consumido por los pesares de los que era causa única y directa otra criatura a quien tanto también él amara, y también profundamente buena.

Una vez calmada, de Braissant le dijo, cesando en sus paseos:

—Vamos, Malena: nada de fingimientos en los que no sobresale usted por cierto. Su chiquilina no tiene nada... Usted es una solita-

ria, y si el aislamiento suele ser un descanso, la soledad, en ciertos casos, está llena de ansiedades.

—¿Me va usted acaso a recetar diversiones, de Braissant? —replicó ella, con una ironía que no sabía manejar.

—La desconozco en su respuesta. También esta vez. No es ésta su cuerda, Magdalena. No son diversiones las de mis recetas, sino distracciones. Créame, querida, las inquietudes morales no sólo amargan la vida, la destruyen. Y usted está destruyendo una vida que le pertenece.

—¿Para qué me sirve a mí la vida? —prorrumpió ella, olvidándolo todo menos la decepción suprema de su existencia.

Braissant, buscando la reacción, tocó la lla-  
ga viva:

—Enrique volverá.

—¿Y si vuelve?... —Enderezóse en su silla, galvanizada por ese solo nombre. Luego, alzando los hombros, desencantada de sí misma, agregó—: ¿Y si vuelve?... Se alejará otra vez...

—Enrique volverá y permanecerá, Male-

na... Pero si esto no sucediera, usted se consolará: ésa es la vida.

Mirólo ella con una expresión vehemente para replicarle:

—Sería como consolarme de la muerte.

Impresionado por la profudidad de la voz que lo decía, no quiso contrariarla. Caminó de nuevo y al rato, bruscamente, decidido:

—Prepare la ropa de los niños; mañana mismo vendré a buscarlos.

—¿Eh?... —murmuró ella sorprendida.

—Sí, vendré a buscar a esos pobres huérfanos.

—¡De Braissant! —gritó casi la joven, aterrada ante el más triste de los vocablos.

De Braissant, autoritario, firme, insistió:

—Me llevaré esos huérfanos a quienes, ahora, sólo les quedo yo.

• • •

La advertencia enérgica de de Braissant operó como reactivo en el ánimo de la joven madre, que también había enflaquecido. Recuperó su actividad mental dedicándose con

vehemencia a modelar el alma de sus hijos. Pero las cuerdas de su energía, las cuales necesitaban esperar y crecer para vibrar, estaban rotas: alterada la frente pura de su vida moral.

Durante las noches solitarias, en su dormitorio, solía sentir verdaderos desfallecimientos; un agotamiento aniquilador de sentimientos y deseos. Con el día volvíanle las fuerzas y se dedicaba a sus deberes y trabajos, dirigía y presenciaba los estudios y ejercicios, espectadora permanente y solícita de todas las horas de sus hijos.

Sólo el propio sufrimiento conoce la verdadera compasión. La dicha es un aislador. Se sabe de las penas ajenas en la propia desgracia. Malena siempre había compadecido y socorrido y dado horas de tranquilidad a mucha gente, pero, olvidada en sus palacios de la miseria de su infancia, sólo ahora abarcaba en toda su extensión los dolores inconsolables que arrastran, desde que el mundo es mundo y sin remedio, millones de seres, sus iguales. Su caridad, la real, la pura, que es simplemente un amor ardiente por

lo desconocido, se encendió en su pecho para no apagarse en adelante sino con su propia existencia.



La generalidad pensó que el talento de Enrique Ancízar le había asegurado el éxito victorioso de su misión. Los amigos lo atribuyeron a su fortuna, a su gentileza personal, a la atrayente simpatía que despertaba, a su habilidad de hombre de mundo, a todo, menos a las cualidades fundamentales que lo hacían, sin él mismo advertirlo, un hombre prominente.

Los amigos son perspicaces para todo lo que adorna a un hombre, nunca para aquello que lo constituye.

Enrique habíase entregado con ahinco eficaz al cumplimiento de su difícil misión, empeñados, como estaban en ella, su patrimonio, su amor propio, sus ansiedades de debutante, y también la reconquista de alguien que seguramente lo seguía con el pensamiento desde un rincón de su hogar enfriado.

Las cartas de Malena habíanle narrado durante el alejamiento los hechos que en él se producían, hablándole de sus hijos, muy largo y minuciosamente, y de la madre; nunca encontró una palabra sobre sí misma.

Consumó el conocimiento tenido de ella en esas cartas elocuentes, vivaces y clarovidentes, llenas de sensatez e inteligencia; tan puras y nobles en sus ideas y conceptos. Alguna vez interrumpía sus lectura para decirse: “Yo no conozco a mi mujer”. Más tarde, sorprendiéndose preocupado de ellas, recitándolas casi de memoria, preguntaba al vacío: “¿Entonces las mujeres habían podido tener realmente la visión exacta de las cosas que les son ajenas?”

Regresaba soñando con ella; no sólo en busca de su belleza y de **gracia**, sino también de todo aquello revelado por la ausencia. La encontró desfigurada, y diferente. Enflaquecida, parecióle más alta, extendiéndose hacia arriba como el fino talle de una flor.

Junto a las comisuras de la boca, agrandada por el óvalo alargado de la cara, dos pliegues se formaban. Los ojos se mantenían en

todo su esplendor, aunque no reían ya; embellecidos todavía por los reflejos de una vida interior más profunda, como diluídos en el azul de las ojeras, con su nueva expresión de nostálgico temor semejante a los de las jóvenes gamas aprisionadas.

La mañana del regreso fué hacia ella, dejando en segundo término a su madre y a sus hijos salidos a su encuentro. Delante de ellos la estrechó, violento, buscándole la cara. Consintió el abrazo, pero sintió, que al envolverla con sus brazos el estremecimiento de su alma y de su carne quedaba sin contacto y se recogía en sí mismo. Como ante la visión de un supremo abandono lo invadió una súbita lasitud. Una vez solos, Malena empalideció y Enrique persiguió a sus ojos que huían de los suyos. Insistió en tomarla en sus brazos apasionadamente; ella dió un paso atrás y se substrajo en una negativa sin rudezas que él comprendió inviolable.

No era ya la niña llena de fe en el amor recíproco, la niña de las eternas reconciliaciones. Era una mujer que había perdido to-

da su confianza y en su presencia se repetía: “Busca el juguete que se le ha quitado para después arrojarlo lejos como tantas veces”. Ese paso atrás los separó de nuevo.

La ternura, la consideración, formas en que se diluyera el amor inicial de Enrique por Malena, enrojecíase ahora con tintes pasionales. Diríase que un nuevo maestro repintara el cuadro de los últimos diez años de su vida, del cual hubieran desteñido los colores. “Ya no puedo inspirarle fe o confianza”, repetía en sus desalientos, creyendo que el alma de su mujer escapaba a su cariño, colocándose detrás de la barrera de una frase abusiva o una sonrisa acompañada infaliblemente de la incredulidad.

En un rejuvenecimiento de procederes, el nuevo proceso de un amor hacía lo paciente, encerrábalo en la casa los días y las noches espionando la oportunidad de insistir y conmo- ver. La deliberada dulzura de la joven ocurríasele la cortesía de quien no quiere ser desagradable. Chocaba a cada instante contra la energía pasiva, la única energía tenaz con que ella proseguía en el plan de conduc-

ta trazada, sin duda, en sus horas de meditación y de amargura.

Y ante el desmedro físico, de Braissant le había insinuado sin alusiones directas: “El dolor no mata a las naturalezas delicadas, las hace morir” y su aire de desaliento, indicio de una desorientación moral, dejaba entrever que en los pocos momentos de olvido de sí misma, sufría verdaderas desesperaciones.

Reflexionando, entonces, repetíase: “Debe estar herida para siempre. Y las imágenes de Marie Rose, de Laura, de tantas otras, las cenas con los grandes duques en los hoteles de las estrellas famosas, su larga existencia de jolgorio y harturas lo irritaban como irritan obstáculos que ha colocado uno mismo ante la propia ventura.



El dolor se esfuma en melancolía y Malena encontró así nuevas fuerzas, con lo que su dolor se hizo tranquilo; los terribles desfallecimientos primitivos de su iniciación eriguida iban desapareciendo a medida que

avanzaba en el camino de sus resoluciones. La presencia de Enrique, sin ella sospecharlo, la entonaba.

La educación de su hijo primogénito, de nueve años cumplidos, preocupábala entrañablemente.

Quería quebrarle las tendencias a la molicie y a las vanidades, cada días más acentuadas, y a las voluntariosidades irascibles del carácter.

—Déjalo, la vida lo hará tal cual tú lo desees —aconsejóle Enrique un día en presencia de una amonestación severa, con esa tolerancia del escepticismo que no da valor a las cosas.

—No: que él haga la vida cual la deseo yo —replicóle firmemente aterrizada de aquella intervención disolvente entre su hijo y ella— la existencia es un capital que se aprovecha o se malbarata según la educación.

—O las circunstancias, —añadió él sonriente.

—Las gentes de voluntad intervienen en ella... ¿Sabes que está resultando cómodo el afán semicientífico de la irresponsabilidad?

Extrañóle a Enrique tal respuesta cortante y dura, no presentida en el vocabulario de Malena. Encogió los hombros con cierto despecho, entreviendo una alusión, y dejó cesar el diálogo.

La situación creada desde tiempo atrás entre ambos, obligaba a la desnaturalización de los propios sentimientos y había una mentira fundamental en todas las actitudes.

Nada afecta tanto como sentirse en perpetuo fingimiento o en perenne guardia contra los naturales deseos y espontaneidades en el hogar, pues eso provoca un vacío en que se respira trabajosamente. Enrique, que lo había dominado todo a su alrededor, no podía aguantar más una situación en la cual se contrariaba y deprimía a cada instante.

Se imponía un nuevo alejamiento, y partió.

• • •

“Se culpa a la dicha de ser efímera, y también lo son las penas”, recordaba Enrique haberlo dicho en días de alegría. ¿A quién? ¿A alguna timorata indecisa por temor a una

hora demasiado fugaz? ¿A alguna llorosa arrepentida; a una mujer sagaz que lo conociera o ante un dolor que él juzgaba fingido o excesivo? No lo recordaba. Pero sí sentía que en él no sería efímera la pena.

El tiempo, en vez de aproximarle, lo desunía más cada día con su mujer, a quien ya no buscaba, no habiéndola podido convencer.

Ancízar paseaba por los sitios de Europa, tan habituales, una animación nerviosa o un tedio sombrío. Disgustado pronto de esa vida, en la cual no se consigue el olvido sino el aturdimiento, entregóse al estudio y al comercio intelectual de hombres eminentes en ciencias, artes y letras. En el fondo vibraban los viejos empeños de Malena como un mandato. Se complacía en narrarle las conversaciones con sus nuevos amigos en cartas que le eran puntualmente contestadas con la luminosa frialdad de aquellas que lo impresionaban cuando su primer viaje de separación. Más de una vez rompió las páginas anunciadoras de su deseo de partir a visitar la China, deseo punzante y amargo de los momentos de mal humor, incitado por una posi-

ción que le parecía no sólo dolorosa sino ridícula: ¡Un marido empeñado en la conquista de su mujer!

Nadie como nosotros los porteños para crearnos situaciones ficticias por un temor permanente a descender de la importancia que nos acordamos.

Por fin, en lugar de la China se decidió por Buenos Aires, donde estaba la entraña de su vida moral. Ningún pasajero del rápido transatlántico en que viajaba, llegaba primero a la tablilla donde se anotaban las millas recorridas en las últimas veinticuatro horas, ni restaba más aprisa la suma escrita de la cantidad total de la distancia. Nadie fué nunca más grato a Marconi por el milagro que le permitía transmitir sus impacencias desde las soledades de alta mar.

Y llega, y desembarca, y se apresura, decidido a entregarse por completo a lo único que le parecía definitivo en su vida: la felicidad de su amor, resurgido con impetuosidades profundas. No ahorraría para conseguirlo todas las seducciones y empeños y paciencias y sacrificios y homenajes capaces

de inspirar la fe, de que sabía despojada el alma de su mujer.

Llega de improviso, pues había tomado el rápido en Montevideo. La encuentra en su *boudoir* rodeada de sus hijos. Los más grandes gritan de júbilo viéndolo entrar: “¡papá, papá!” y se le prenden de la cintura; los más chicos no lo reconocen. ¿Y ella?... No necesita sino mirarla para obtener la certeza de que no había cambiado y su acogida sería igual a la primera. “Hace mucho tiempo que tus caricias y tus palabras han dejado de serle persuasivas” —decíale en voz baja su razón. Su exaltación, sus ilusiones caen de un solo golpe.

Después los gritos de los niños, informándose de los regalos y a quienes él aseguraba ser tantos como para llenar la casa, lo aturdieron un momento.

—¿Y a mamá, le traés muchas cosas, papá?

—¡Un mundo! —Y díjolo clavándole los ojos en la cara, y con tal vehemencia que los niños rieron y la madre se ruborizó.

No se atrevió a decir más. Un elemento

nuevo, extraordinario, extraño se aferraba ahora de él como un injerto: la timidez.

El, capaz de condenar su alma por un capricho, capaz de todos los cinismos amorosos ante mujeres peligrosas y aguerridas, para la suya, suave e ingenua, no encontraba el verbo honesto y bendito susceptible de unirlos otra vez.

Fué a saludar a la madre, relegada en su cuarto por sus reumatismos. Volvió enseguida. Malena pidió el té. El dejóse caer en un sillón, pretextando un cansancio físico no sentido para disimular todo lo que bebía de amargo en recepción semejante; triste y colérico. Allí sentado, con sus hijos entre las rodillas, frente a su mujer, quien, obsequiosa; llenaba las tazas, sostenía una lucha con su soberbia, que no quería morir ni aun para ella. Luego su cólera se aplacó para decir de pronto, con su irresistible voz, muy suavemente y empalidecido por el esfuerzo, recalcando las sílabas:

—¿Entonces has perdido toda, toda la confianza que pusiste en mí, Malena?

Esta se inmutó; mas necesitando contestar, lo hizo dulcemente:

—He perdido toda, toda la confianza en mí misma, Enrique.

Y para no prolongar el momento angustioso, empujó hacia él a su hijo más pequeño para que lo acariciase.

La escasísima luz del fin de esa tarde de invierno quedábase como estampada en las cortinas de colores suaves de puertas y ventanas, dejando la lujosa habitación en la penumbra. El aliento de las flores, respirando en vasos y macetas, impregnaba, perfumándolo, el ambiente entibiado por los caloríferos. Magdalena, en su sillón, soñolienta por la falta de luz. Enrique jugaba maquinalmente golpeando la cuchara en su taza. Los niños se habían aquietado con la intuición de que, a pesar del abrazo de bienvenida, pasaba algo anormal entre sus padres, que ellos no comprendían. Fuera, el viento sacudía todo a su paso, torbellinos de lluvia aplastábanse contra los vidrios.

Así terminó aquel día que Ancízar, en su

arrogancia, creyó alegrar, embellecer, hacer feliz con su sola presencia.

• • •

Enrique no sentía ya irritación por la resistencia que le ofrecía. Ante ella no era el hombre acostumbrado a triunfar, sino quien lucha con fuerzas inferiores y desmoralizadas, lleva la mitad de la derrota en la sola duda y empuja sus ataques con aire de súplica. Lo más caro en él, su viril orgullo, lo deponía delante de la visión doliente de Malena, cuyas penas visibles no le decían si nacían de amor o de desdén.

• • •

La continua tensión nerviosa en que vivía Enrique, siempre contrariado, lo mantenía en un estado de irritación casi continua, que descargaba a diestra y siniestra, y a pesar de su ingénita bondad, no siempre en quienes la merecían.

Un día, en San Fernando —recién llegado de un viaje a una magnífica propiedad en la

región de los lagos, donde, solo con su administrador, había cazado quince días— en presencia de un descuido grave én las caballerizas de la quinta, reprendió violentamente a los dos primeros peones encontrados a su paso, despidiéndolos en el acto. Aunque nada tenían que reprocharse por tal desperfecto, no se atrevieron los hombres a explicarse con el patrón ni a murmurar delante de él. Retirábanse, cuando Malena, cruzando cerca de ellos en el corredor, oculta por las cortinas, oyó a ambos lamentarse y protestar sinceramente de su inocencia, de lo cual ella dedujo ser los causantes de todo aquéllos otros peones despedidos el día anterior por el capataz. En cuanto lo supo ocurrió a su marido, pidiéndole una reparación para con esa gente.

—Quédense, pues, en buena hora —dijo por toda respuesta Enrique en quien no duraba la cólera, en momentos de entregar a su hija, para una vieja de la vecindad, su protegida, hermosa por una orden de desalojo, mucho más de lo necesario para tranquilizarla.

—¿Qué hay? —preguntó al rato a Malena, parada a cierta distancia, testigo de las dos escenas.

—Pensaba que es más fácil ser bueno que ser justo.

La expresión de niño penitenciado que tomó su cara provocó la risa de la joven. Esa risa, que sonaba como el cristal y volvía a la casa después de tan larga ausencia, penetró en los oídos de su marido como un anuncio, como un presagio.

• • •

En la quinta de Ancízar, una inmensa quinta colonial con su casa levantada sobre la barranca, verdes pendientes resbalándose hasta el río, canales, montes, flores y vergeles, donde había niños y riquezas, festejábese con proyecciones insospechables la fiesta de Navidad.

Desde su boda, ayudada por la madre, toda la semana que la precedía, ocupáse la esposa personalmente en socorrer miserias sin mirar, en quiénes asistía, otra cosa sino el

dolor y la necesidad. Hasta muy largas distancias alcanzaba el auxilio generoso y pío, para el cual Enrique, y sin contar, contribuía con sumas importantes.

Los hijos, estimulados por los mayores, repartían también profusamente entre los pequeñuelos ropas, dulces y juguetes. Así, sin ruidos, sencilla, oculta, silenciosamente, casi como un regalo anónimo, realizábase esa comunión anual de confraternidad entre el rico y el pobre, tan edificante.

A ésta seguía la fiesta íntima del hogar, prolongándose hasta la Epifanía. Entonces, quinta, casa y alrededor caían en poder de los niños regalones, raza de ricos y de dominadores. Magdalena, con sus propias manos, adornaba el árbol cual querían ellos fuese: no una planta extraña, prisionera, desterrada, medio muerta: sino uno de los más grandes del parque, lozano, viviente y libre, amarrado a la tierra, pero con sus propias raíces.

Corría la semana de bullicio y alegría; la quinta poblábase de chiquillos, huéspedes terribles, recorriéndolo, escudriñándolo todo y

chillando sin cesar, semejantes a los pájaros que huían en bandadas aturcidos por sus gritos.

No hacía mucho calor, a pesar de la inmovilidad del aire, aquel día de una serenidad transparente. Enrique, predispuesto al reposo, después de jugar con sus hijos y sus pequeños huéspedes, habíase extendido sobre la hierba en un sitio apartado.

Meditaba sobre su situación cerca de Magdalena, enamorado como un muchacho. La reserva fría de los primeros tiempos de su divorcio cedían al contacto de la vida diaria. Habíala ido encerrando insensiblemente en un ambiente silenciosamente amoroso: estrechándola en él cada día y poco a poco. Y en ese espionaje perpetuo de los movimientos del alma de su mujer, no llegaba a saber si era feliz o desgraciado.

En ella pensaba, cuando, de repente la oyó cantar. Era apenas un canto infantil aprendido ciertamente de sus hijos. Mas era un canto... ¡Magdalena cantaba!... Las primeras notas de su voz lo conmovieron. ¿Sería aquello el alerta de un regocijo íntimo ve-

lando por su presencia ; un comienzo de bienestar moral que precedía a una reconciliación absoluta ; una promesa de sometimiento que se anticipaba a la próxima conjunción de sus dos vidas ?

Enrique sentía iluminarse su interior con la luz crepuscular de una felicidad que avanzaba. De un salto púsose en pie para buscarla. Quería leer en sus ojos... Repentinamente todo su contento, todo su entusiasmo se desvanecieron y engolfóse en la duda de si debía interpretar ese canto tan sólo como un estado de ánimo plácido si no feliz, afirmando en la costumbre de una resignación ya sin protestas ni dolores, que al establecer el equilibrio se hace difícil de modificar.

Dominado por esa reflexión desconfiada, enfermo todavía por el recuerdo de rechazos anteriores, permaneció clavado en el sitio solitario, entre aquella vida apacible de las cosas, en tanto que a lo lejos Magdalena seguía cantando.

• • •

La tarde del veintitrés de diciembre la joven madre, complaciendo el ruego de sus hijos menores, subió al piso alto para prepararse a llevarlos en el carruaje a dar una vuelta, antes de ir a la estación en busca del amigo de Braissant, que debía llegar ese día. Los más grandes se quedaban con la abuela y con sus huéspedes.

Enrique se hallaba en el balcón de un pasadizo, la ventana a medio cerrar detrás de sus espaldas, mirando a sus caballos puros, de sangre ardiente, piafar en el parque llenos de brío, atados al carruaje e impacientes por arrancar. Alguien entró en la habitación vecina, el *boudoir* de Magdalena. Instintivamente miró hacia allí y distinguió a esta misma poniéndose el sombrero y arreglándose los cabellos delante de un espejo. Luego la vió abrir el cajón de la cómoda antigua, donde guardaba objetos menudos de tocador y sacar los guantes. Enredado entre ellos percibió, refuigente, un objeto pequeño que ella tomó en sus manos y abrió delicadamente. Sorprendido reconoció el medallón con su retrato que le había él ofrecido en los primeros

días de su noviazgo. La joven lo contempló un momento; después, adelantando el rostro pálido y delgado, furtivamente besó la imagen.

Una oleada de sangre le subió a la cara ante la revelación de aquella alma amorosa; de aquel amor secreto, el cual tal vez nunca había dejado de respirar allí escondido. En ese instante se sintió feliz, feliz como no lo había sido nunca. Lo que experimentó fué el resurgimiento de toda su ardiente juventud; la sensación plausible de que aquello era el fin de todas las amarguras.

Una invasión infantil llena de exigencias obligó a la joven, ignorante de haberse revelado, a bajar con ellos al jardín.

Malena, desde abajo, acomodaba a su prole y a tres amiguitos en el carruaje, haciendo subir con ellos a la "nurse" y a la gobernanta. Enrique acercóse de prisa; hablándole con ternura, ayudó a instalar todo aquello tan precioso y tan menudo.

Aparecíasele investido de improviso con su antigua autoridad.

¡Estaba ahora tan seguro de disponer de

la más poderosa de las autocracias; tanto de tener el corazón esquivo de su mujer nuevamente bajo su dominio!

Ella permanecía dulce a su lado en su vestido blanco de batista, con sus divinos ojos en la sombra proyectada por las grandes alas de su sombrero. Y él, que la dominaba en toda su estatura, creía sentir palpitante ya en sus brazos el cuerpo grácil y bien amado. Sin prevenirla la alzó en el aire para colocarla en el altísimo *break* de caza. Y rieron los dos. Luego, sentándose al lado de su cochero, tomó las riendas. Los caballos trotaron, cruzando veloces el pueblo todo hasta el canal. Detuviéronse allí.

Los niños, encantados, no cesaban de reír y de charlar.

Ellos dos se miraban cambiando frases generales, cohibidos por la presencia de los otros. Pero dejaban confundirse y unirse sus dos almas, ilusionados como dos prometidos, en el primer beso.

Pocos minutos faltaban para la llegada del tren. Ancízar guió sus caballos hacia la estación. Oyendo el silbato de la máquina avi-

vó el trote de los caballos para alcanzarlo. Uno de los caballos, briosísimo, arrancó impetuoso; los esfuerzos para contenerlo rompieron las riendas y al sentirse libre tomó carrera, arrastando consigo a su compañero.

—¡No tengas miedo, mi vida! —gritó, entonces Enrique desde el pescante a Magdalena. En ese momento, sacudida por la carrera desenfrenada, que empezaba a temer, alcanzó recién a sondear hasta el fondo el corazón de ese hombre, que olvidaba por ella en el peligro hasta sus propios hijos.

—¡No se muevan mis guapos! —gritó otra vez animando a sus chiquillos, muy divertidos ellos por aquel rodar vertiginoso; y añadió autoritario, sospechando las intenciones de la gobernanta atemorizada—: ¡No ven que los caballos se pararán en cuanto lleguen a la barrera? ¡Nadie se mueva!

Lo ordenaba en vano. Los niños habían enmudecido y manteníanse, más las dos mujeres, aterrorizadas, pues distinguían los rielles delante de sus ojos y al tren ya muy cerca, abalanzáronse para abrir la portezuela. Malena, viendo el movimiento de la “nurse”

quien tenía en brazos a Nenuca, quiso interponerse extendiendo también su brazo para impedirlo. En ese lucha la puerta cedió de pronto y Malena cayó sobre la tierra dura.

Los gritos de las mujeres advirtieron a Enrique lo sucedido. El cochero tomó el resto de las riendas, no atreviéndose a impedir a su patrón arrojarse del pescante. Los caballos, tal cual éste lo previera, ante la barrera cerrada, se detuvieron. El tren llegó. En el carruaje las gobernantas sobrecogidas apretaban contra sí los niños.

De Braissant, prevenido, corrió hasta donde los esposos se encontraban. Halló a Enrique alentando a Magdalena cuya cabeza sostenía suavemente, sin atreverse a moverla. Ella permaneció inmóvil, demasiado rosada, los ojos muy brillantes, sin quejarse. De Braissant, atinó en el acto a apretarle los miembros a fin de cerciorarse si había fractura. No sintió el menor dolor y, aunque la conmoción impedíale hablar, sonrióles para animarlos.

—Nada hay roto, por suerte, estoy seguro —dijo el amigo—. Pero es preciso levantar-

la... Allí viene el carruaje con los caballos ya tranquilos... Viene solo... Se ve que Pedro ha tenido la previsión de mandar a los chicos y mujeres adelante, en otro coche.

La alzaron en brazos con mil precauciones. Ella recostó la cabeza en el hombro de Enrique, caminaron lentamente pocos pasos. De repente el amigo hizo señas a aquél y se pararon: había visto descomponerse horriblemente el rostro de Magdalena. Una convulsión la sacudió, un vómito de sangre inundó su traje blanco y se desvaneció.

La opinión unánime de la ciencia declaraba una hora más tarde el caso sin remedio. "Sólo resta prolongar tan preciosa existencia", fué la última palabra de los médicos, enternecidos ante su gracia yacente.

• • •

Enrique había permanecido en su estudio sin cambiar de postura, agachado y mudo, durante todo el tiempo de incertidumbre en que los médicos realizaban un segundo examen escrupuloso en el cuerpo siempre inerte

de Magdalena y empleaban los más fuertes reactivos, llamándola a la vida.

No sabía si estaba solo. Si entraba o salía alguien no lo sentía. ¿Era la noche? ¿Era el día?... Allí, en la oscuridad, siempre aislado, pasó largas horas sin que se modificase un segundo la dirección única de su pensamiento.

La casa hallábase sumergida en el silencio. No se oía un paso ni un solo ruido. Al anuncio de que Malena se moría todo se había acallado como por propia voluntad. Por ser desconocido, el misterio de la muerte es lo único que impone respeto a las cosas humanas. Interrumpiendo ese silencio suenan repentinas risas de niños en el patio, risas fugitivas que le alejan. Enrique levanta la cabeza cargada con la expresión de asombro y de horror casi insensato que no lo abandona desde el momento de la catástrofe, y exclama dibujando un gesto brutal de sarcasmo y de ironía:

—Son sus hijos que ríen.

—Inocente —murmura una voz de mujer

llorosa desde un rincón de la misma habitación.

¿Desde cuándo su madre estaba allí?... La mira; una ilusión lo guía de oír de sus labios, que jamás se abrieron sino para alabarla, una palabra de esperanza. Sólo le dijeron:

—Son los pobrecitos que se van a otra quinta cercana, alquilada de prisa. Los más grandes partieron adelante, engañados, creyendo en la quebradura de un brazo y de una pierna, en un poco de fiebre y en la necesidad de absoluto reposo nada más.

¿Entonces había desaparecido esa esperanza toda entera? Seguramente. Si de ella existiera apenas una sombra, su madre se lo gritaría...

Sigue mirándole el rostro, que tan bello fué, empaidecido, agrietado por los años, dejado al descubierto ante su vista. Mira así resbalar sobre él lágrimas tras lágrimas, “Iguales —piensa—, a las derramadas cuando murió mi padre”. En esa contemplación núblanse sus propios ojos, sus dientes apretados se separan: “Mamá, —balbucea como en la infancia; se levanta y cae pesadamente en

el regazo materno. Los dos se estrechan, se aprietan, se abrazan, se confunden hasta que al fin brotan también lágrimas del hijo. Por ellas aquel dolor pierde su desolación y su aridez.



Notificóse a Enrique, por segunda vez, la condenación inapelable y al mismo tiempo síntomas precursores de la próxima reacción momentánea a producirse en la enferma. Sabiendo a su presencia tan necesaria como el oxígeno, dirigióse hacia donde ella se encontraba.

En el cuarto contiguo al dormitorio halló a de Braissant quien, después de organizarlo y prepararlo todo, tirado en un sillón sollozaba con toda su alma, sin falsas vergüenzas ni pudores, tal cual en su presencia ella llorara un día. A pesar de su amargura sin medida, Ancízar se detuvo delante de ese gran cuerpo emaciado, en el cual parecían siempre holgadas sus ropas elegantes, doblado en dos, sobre cuya frente caía olvida-

do un mechón gris; cuyas manos huesosas le cubrían la cara. Bien conocía Enrique que para ese hombre vívido era todo Magdalena: la alegría de la vida, su amor de viejo, el único interés de su personalidad fina e intelectual; aquella de quien había esperado le cerraría los ojos. ¡Cuánta piedad sintió! Se le acercó, golpeándole rudamente la espalda para sacudirlo de su abatimiento, diciéndole con una calma pasmosa, venida tras extraordinarios esfuerzos.

—Roberto, arriba, necesitamos hacer valor para morir.

Frase expresiva que abarcaba todo lo que iba a morir con ella.

• • •

Una de las enfermeras —una romana exuberante, que atendía desde tiempo atrás a todo enfermo de la casa—, viendo entrar a Enrique y detenerse desorientado en la semioscuridad del dormitorio, y entendiendo que delante de fatalidades como aquélla los rangos se nivelan, la etiqueta entre señores

y servidores deja de existir, suavemente lo empujó, guiándolo hacia donde Magdalena respiraba.

Una vez cerca de ella, la mujer, nacida y crecida en el culto ferviente de su tierra por las formas plásticas, exclamó en su lengua itálica, con la cual habíase explicado siempre en la casa, en su tono cantante:

—*Guardatela, signore; pare una Santa Cecilia.*

Enrique la distinguió yacente, envuelta en sus ropas como en el sudario, la cabellera enorme derramada sobre las almohadas. Y en verdad le recordaba la imagen de la joven patricia venerada por las gentes en la ciudad eterna... ¡La encontraba tan pequeña! Como disminuída por el aniquilamiento repentino de un golpe brutal, su frágil persona se perdía en la cama de grandes dimensiones. Ese lecho cuyas magnificencias del lecho real no habían merecido una sola mirada de sus ojos de hombre opulento, le produjo en esas circunstancias conmoción sagrada: en él había concebido y dado a luz sus hijos; en él iba a morir en breve. Un repentino desfalle-

llecimiento lo doblegó y cayó de hinojos, ahí, al borde de ese lecho, ante el respeto silencioso y reverente de quienes la asistían.

• • •

...Acababa de despertar... En los ojos desesperados de su marido, en el alejamiento de sus hijos, en los gestos llenos de compasión con que se le asistía comprendió que estaba perdida.

• • •

Enrique sabía contados los días de su mujer y lo presionaba la impaciencia afligente de agolparle en ellos todas las ternuras que hubiera destilado en una larga existencia... ¿Cómo, cuándo, en qué forma encontraría la muerte? ¿Airada, dulce, violenta, lenta o furtiva?... Este negro pensamiento lo tenía también ella. Ambos se sentían dominados por su invisible presencia. Pero, por un tático consentimiento, no hablaban de eso jamás. Tampoco del pasado ni del futuro.

Enrique no permitía que nadie se le acercara ni le tocara en su afán celoso de servirla. Después de las visitas médicas y de la “toilette” matinal, los dejaban solos como en los primeros días de su matrimonio.

Cerca de la cama había descubierto un reclinatorio del más puro Renacimiento, objeto de museo, obsequio de de Braissant a Magdalena. En él encontró cómodo, colocándolo de lado, arrodillarse echando todo el busto sobre la cama. Hincado en él pasaba la mitad del día con sus manos entre las suyas. Hincado en él pronunció humilde un día, la palabra simple y elocuente que hubiera querido fuera la primera:

—Perdóname.

Oyéndolo, con un movimiento de singular vivacidad, dado su estado de agotamiento, le cubrió la boca con sus manos diáfanas que le costaba a él tanto entibiar.

—¡Perdónarte a ti!... Si sólo con mirarte respirar me hacías tan feliz.

Por su cara —un alabastro sobre el cual se reflejaban dos estrellas— cruzó la leve sombra de sus colores.

• • •

Las frases que se cambiaban, aunque sin solemnidades, eran conceptuosas, a veces sutiles; expresión de meditaciones intensas. Sabían que no tenían tiempo para lo superfluo y para lo vulgar.

—Cuando estés mejor, querida, te llevaré al mar —díjole una mañana Enrique abriendo los balcones para que entrara el sol.

—Cuando me mejore... —murmuró ella, tranquila, sonriendo con incredulidad—. ¿A qué mentir ahora que todo debe ser verdad?

El continuó, fingiendo no haberla oído, como en una invocación:

—¡El mar, el mar, su grandeza, su olvido!...

La joven se incorporó extendiendo la cabeza mirándolo un rato con inmenso asombro, y luego exclamó:

—¿Tú también has necesitado olvidar alguna vez?

• • •

Malena no sentía sino una opresión y una debilidad más grande cada día. Los médicos manteníanse pesimistas aunque su vida se prolongaba. Una tarde por la casa cundió la alarma y Enrique creyó morir: en sus labios aparecían de nuevo bocanadas de sangre. La premura en auxiliarla de los médicos y practicantes instalados allí detuvo la hemorragia. Una vez el peligro retardado, se le condenó de nuevo a la inmovilidad, y la visita de sus hijos, por quienes ella clamaba, en el temor de que la menor emoción le fuese fatal, se postergó. Siempre dócil, se resignó.

La semana siguiente pareció mejorar. Durante las horas del día, Enrique la extendía en su silla larga cerca de la ventana abierta; a su lado permanecía amarrado a sus horas como para detenerlas.

Vivían así, la mano en la mano, dejándose penetrar por ese adormecimiento del espíritu ante la naturaleza, que alivia las más incurables llagas. Los pájaros cantaban y cantaban la fuente; los insectos de esmalte y oro brillaban en los rayos del sol; las flores se abrían; una exuberante vida germinaba bajo

sus balcones. La noche sorprendíalos invariables, siempre unidos. Miraban, entonces, transformarse el cielo azul puro de las tardes del verano en el firmamento cubierto de astros resplandecientes.

El parque, claro siempre, mientras duraba la luz, en cuanto llegaban las sombras se hacía misterioso y vasto como una selva.

Más tarde Enrique contemplábala en su lecho dormida, y soñaba despierto cosas sonrientes de ayer, terribles de mañana.

Las observaciones asignan a los sueños la duración de segundos. Sin embargo, desarrollan a veces los episodios de una existencia. Lo mismo el pensamiento, que en un instante pone en contacto la cuna y el sepulcro.



Enrique llegaba en presencia de la muerte a la inmaterialización de su amor magnificado. Si hubiera podido analizarlo, habría: se le ocurrido que todo lo orgánico de su pasión lo quemaba en la llama purísima de

esa alma excelsa a la cual durante tanto tiempo no había él comprendido.

Para Malena el mundo terreno, y el mundo misterioso hacia el cual iba, desaparecían o se involucraban en su amor infinito, absorbente y avasallador como una obsesión nostálgica y delirante.

A los dos una misma exaltación los levantaba. Malgrado sus esfuerzos, más de una vez escapábasele a la joven alusiones a su próxima desaparición. Enrique, una noche, creyéndola dormida, recorría con la vista los objetos familiares de su dormitorio; parecía pedirles como a amigos fieles, fuerzas para sufrir. Temiendo los gritos incontenibles de sus nervios, levantóse de su sillón y púsose a pasear sin hacer ruido, a pasos lentos, resbalando sus pies sobre la alfombra.

Caminaba como una sombra, evitando rozar sillas, sillones y mesas. A fuerza de mirarlo, todo aquello le sugirió otras ideas: “Dentro de poco quedará apenas de ella un perfume impalpable adherido a nosotros, flotando en este ambiente, el cual aspirarás más tarde como la evaporación de esa criatura

que ha respirado, vivido, dormido, amado, sufrido a tu lado la mitad de su existencia fugitiva”.

Enrique sintióse oprimido por la triste verdad dicha en tanto silencio por las cosas y con el dorso de su mano izquierda secó sus ojos.

Desde el ángulo oscuro donde estaba su cama, perdida e invisible, Malena lo miraba. Con una intensidad llena de angustias, todo su ser se enderezó por una gran violencia. Impresionábala verlo de atrás. Percibía un principio de rápida curvatura de las espaldas y ahora comprendía por qué desde su enfermedad le parecía más alto y más derecho: era el esfuerzo continuo de resistencia para no ceder a la presión constante de doblarse. Ver llorar a Enrique fué para ella el más grande de los suplicios. No recordaba haber sufrido otro mayor. De repente, con estupor, él que la creía dormida, la oyó decir desolada:

—¿Es posible, Enrique mío, que en adelante no pueda yo darte ya sino dolor?



La enferma, sin quejarse, llena de dulce paciencia, dejaba pasar, lentos, los días. Lo único para ella imposible de ocultar era su extenuación, la demacración progresiva de su semblante, el descarnado de sus miembros que la alargaba. Los ojos le invadían toda la cara con sus sombras violetas en sus mejillas menos llenos.

Su tranquilidad heroica pasmaba a quienes la asistían, a la madre, a de Braissant; a Enrique, desesperándolo.

Dormía aquella noche un poco aletargada. Las ventanas permanecían abiertas penetrando por ellas toda la vida del jardín. Cuando menos lo esperaban, una música se oyó en la calle, acompañada de voces y de gritos. Las campanas de la iglesia pusiéronse a sonar. Malena, despertando sobresaltada, con un movimiento de cabeza preguntó a los otros qué ocurría.

—Es la noche de Reyes, mi hijita —explícole la madre—, se ha formado una procesión.

Ella pensó un momento. Al rato murmuró, con la mirada errante, asociando a su pensamiento los dueños de la fecha: “Los niños...”. Luego completamente despierta ya, tuvo una exclamación salida de su entrañas: “¡Mis hijos!”, y por primera vez su calma sorprendente se quebró, soñando un llanto tristísimo y convulsivo.



Los hijos llegaron por fin. Los mayores, aleccionados por de Braissant, trataban de disimular su asombro ante las ruinas de su madre, para ellos de belleza casi divina. Los más pequeños corrían por la habitación traviosos y despreocupados. La Nenuca trepóse a la cama. Malena, en una excitación que la enrojecía, encontraba energía para acariciarlos ávidamente y jugar con ellos.

Enriquito habíase refugiado en el balcón. La niña más grande permanecía recostada en la abuela, mirándola con fijeza y sin hablar.

En cierto momento no pudo sobreponerse a una aflicción más fuerte que ella misma y preguntó gritando:

—¿Dónde está tu cabello, mamá?

Y soltó un llanto desolado: había comprobado la desaparición, en la cabeza adorable de su madre, de la soberbia cabeilera, orgullo de todos ellos.

En vista de la desesperada insistencia de la niña, su padre salió de la habitación, volviendo con un cofre antiguo en las manos, obra maestra de orfebrería, donde hasta entonces había conservado las joyas de familia. Levantó la tapa, sobre la cual se erguía la figura del amor tirando sus flechas, y los ojos lagrimeantes de la niña distinguieron, en su fondo las trenzas de oro.

• • •

No le ocultaban a Magdalena el vivo interés demostrado por sus relaciones y hasta por los extraños, que seguían desde lejos la marcha de la enfermedad implacable. Con-

táronle también las visitas diarias matinales de sus jóvenes amigas, veraneantes en San Fernando, San Isidro, y otros puntos vecinos.

La enfermera italiana, en ausencia de Enrique, mientras le arreglaban la cama, con su verbo altisonante, ponderábale un día una de esas jóvenes, la cual decía, mostrábase afligidísima y espléndidamente hermosa.

—Es Laura Méndez —díjole la madre, algo cohibida, temiendo hacerle mal.

—¡Ah!... Laura Méndez... —murmuró la enferma maquinalmente, moviendo la cabeza. Desde entonces comenzó a trabajarla una idea: por intuición conocía el vacío hecho alrededor de Laura por las otras niñas, a quienes tal vez su belleza molestaba. Laura no podía sola combatir con ellas, pues, aunque de familia distinguida, carecía de la fortuna que daba a las otras situación ficticia.

Malena, con medio cuerpo fuera de la vida, quiso olvidar del todo la amarga decepción de aquel día de Pascua que abrió para ella cuatro años de sufrimientos y soledades.

Reflexionó y se dijo: “Si la llamo sola dirán que la he llamado para perdonarla, y le acarrearían males mayores”.

—Mamá —pidió al día siguiente a la anciana—, deseo ver a las muchachas, pero como estoy muy débil, hágamelas pasar a todas juntas.

Le pareció notar cierta vacilación en la señora y añadió:

—A todas sin excepción, ¿oye, querida?

Sencillamente las recibió a todas, sin excepción, tal cual lo deseaba. Fué natural y amable en su lecho de morir como en su salón. Con todas fué igual Magdalena; de todas recibió el beso trémulo de adiós. Laura, sinceramente afligida, pues también la quería, ignorando la sorpresa de París, no supo jamás toda la generosidad que se derrochaba en aquella recepción, ni que a ella debería todo su pervenir.

Enrique lloró a solas, escondido de aquella que se iba enseñándole la divina ley del perdón.



Sólo los grandes amores apegan a la vida cuando el instinto de conservación se ha debilitado en la dolencia que prepara la muerte.

La existencia de Magdalena se prolongaba por el amor y para el amor. Se iba sin sufrimientos, con el alma curada y el cerebro intacto. La muerte la poseía sin violencias, la arrastraba suavemente. Hubiera así ella pasado siglos mirándose morir en los ojos de Enrique. Y una noche tuvo para él una frase de grandeza amorosa: “Ahora tendré la eternidad para quererte”.

Únicamente la presencia de los niños la agitaba. Después de sus visitas los seguía con los ojos ansiosos, creyendo siempre verlos por última vez. El carácter voluntarioso de Enriquito, a quien sólo ella consiguiera someter, la preocupaba. Un día el niño había pasado toda la tarde en la casa. Cuando se le indicó retirarse para acompañar a sus hermanitos, hizo uno de sus acostumbrados movimientos de soberbia, el cual no escapó a Magdalena, quien oyó también después la discusión agresiva del mismo en el cuarto vecino con la abuela y de Braissant, rehusán-

dose a obedecerlos. Eso bastó para excitarla extraordinariamente. Los calmantes procuráronle más tarde el sueño.

Pasada la medianoche, su marido despertó sobresaltado, creyendo oírla quejarse y hablar en sueños. Mientras vacilaba si debía o no despertarla, la vió sentarse en la cama y llevarse las manos a la cabeza.

—¡Mis hijos! —gritó como la noche de Reyes, pero esta vez con expresión de desvarío.

—¿Los quieres aquí? —le preguntó para tranquilizarla.

La boca infantil, descolorida, tuvo una mucca de decepción y de violencia: ¡no se le entendía!

—A mis hijos, ¿quién los formará?

El comprendió que esa exaltación horrible respondía a este pensamiento torturante y fijo: “¿Quién me reemplazará cerca de ellos?”, al mismo tiempo que sentía en su corazón de padre y de hombre como la herida de un arma cortante. Durante un instante su vieja altanería pretendió alzarse.

Sometióla al punto y agachó la cabeza. ¿Acaso no merecía el amargo reproche? To-

da su vida anterior: ¿no daba razón a quien lo creía un impotente?

Entretanto la enferma, oprimida, respiraba con dificultad; su semblante conservaba la expresión de desvarío y él quiso calmarla.

Ella extendió las manos en gesto que lo rechazaba, olvidándolo, desconociéndolo, toda entregada a su problema de última hora: “¿Había nada más importante, más sagrado, más urgente?”.

Entonces él, con el tono de autoridad de días ya pasados, tomándole las muñecas, llamóla en voz muy alta para hacerse escuchar de su cerebro ofuscado:

—¡Magdalena!

No pudiendo darse cuenta de cuánto costaba esa severidad, habituada a sus ternuras, lo miró sorprendida y temerosa. Mas ese llamado la tranquilizó al punto, permitiendo a Enrique hablarle de nuevo, aunque vehementemente y afligido.

—Malena, ¿es posible que no hayas visto todavía mi transformación?

La joven movió entonces la cabeza suave-

mente y puso su mano ardiente sobre la frente de su marido inclinado hacia ella.

—Oye, Malena mía. —Enrique tomó un tono solemne para pronunciar por vez primeras palabras relacionadas con su suerte—: Yo seré quien forme nuestros hijos a tu imagen y semejanza. Te lo juro en este instante. —Una reminiscencia, le llegó de lejos y dándose cuenta de todo el alcance que tendría cerca de ella, añadió, dulcísimo—: Sí, adorada mía, yo seré para ellos su viejo cestero.

La doliente criatura sonrió, inefable, y siempre sencilla, díjole tan sólo, con voz profunda:

—Te creo.

Enrique medía la perfección de ese frágil ser que, antes de dejar el mundo, se había encargado de revelarle los grandes preceptos de la vida.

• • •

El día en que ella sorprendió en sus hijos mayores una expresión de terror: cuando sus pequeñuelos se le retrajeron y Nenuca,

su regalona, la desconoció; después de apurar la amargura se miró las manos y sintió llegado el momento de prepararse a dejar la vida.

Magdalena no tenía caprichos y era muy razonable. Causó, pues, a Enrique extrañeza su pedido insistente de esa mañana: le rogaba fuera a la ciudad con los niños y se hiciera retratar con ellos.

—¡Malena!... —murmuró en tono de ruego, entre el pesar de dejarla y el temor de contrariarla.

Ante sus nuevas y vivas instancias, se decidió por mentirle. No tenía el coraje de tomar el tren, mezclarse a los vivos, posar delante del fotógrafo, regresar... No, se iría a la quinta con sus hijos y entre ellos pasaría las horas precisas. Así lo hizo.

De vuelta más tarde, entrando al dormitorio de su mujer, notó allí algo diferente, impalpable, invisible. Distinguió también flores en los grandes jarrones de Sevres del salón, pétalos caídos sobre la alfombra y más lejos un cirio pascual, visto anteriormente en el cuarto de su madre, ardiendo ante la

imagen sacra. Ella, recostada en almohadas más altas, tenía cubierto el busto por su echarpe de encajes. Como vivamente corría a abrazarla, le dijo, sonriéndole plácida, cruzando las manos sobre el pecho, con un movimiento de cabeza que le recordó toda su gracia.

—Cuidado... , soy una cosa santa.

Quedóse él mudo delante de esa figura elocuente y patética, descubriéndole la razón de su capricho: alejarlo, evitándole un nuevo pesar, durante el momento de recibir los sacramentos.

El alma de Enrique se dilataba, macerada en el amor y el sufrimiento. No podía ya más. Es al acercarse a la cumbre que una ascensión necesita mayor esfuerzo. Y el amor de Magdalena era para Enrique una ascensión.

• • •

El tiempo no se suma por las horas sino por la intensidad con que se vive. Enrique, siempre amarrado a Malena, no sabía si ha-

bían pasado días o siglos. Había perdido toda idea de tiempo y de lugar.

Aquel domingo la enfermera romana apareció en el dormitorio, llevándoles la única nota de vida y alegría, semejante a una ráfaga de aire fresco cruzando una atmósfera caldeada.

—*Come é bello il cielo!* —exclamó como si lo cantara, mostrando a la enferma, desde el balcón, las estrellas nacientes. Y viendo a Ancízar hincado en su reclinatorio, según costumbre, señaládoselo a de Braissant que entraba—: *La prega come al'a madona.*

Los dos amigos, quienes desde hacía rato habíanse alejado de la enferma adormecida para respirar más libremente en el balcón, la oyeron repetir: “*La prega come alla madona*”. Ambos se estremecieron: ésa no era la voz de Magdalena. ¡Cuánto había cambiado en un instante! Enrique, consternado, precipitóse a su cabecera. Como se toca una cosa muy tenue, susceptible de desvanecerse, colocó el brazo izquierdo bajo su cuello, besó sus ojos cerrados y sus manos frías. De Braissant, alarmado también, arrancó brus-

camente la enorme pantalla rosada de la lámpara. Ella abrió los ojos. Viéronla entonces transfigurada, estampada en su rostro una divina beatitud. Parecía sentir un inmenso bienestar.

...Permanecían ellos, inmóviles, mudos en la absurda e inconcebible esperanza de que la quietud y el silencio retardarían aquello que debía sobrevenir más tarde, ya a altas horas, un suspiro profundo levantó el pecho de la joven, y con la voz de sus prósperos días —esa voz que ayudaba a la palabra a perdurar en la memoria— exclamó:

—¡Qué dichosa soy!

Enrique, aquel maestro de ironía, quien hacía dos meses agonizaba con ella y ahora espiaba las pulsaciones de sus arterias a las cuales sentía, por segundos alejarse entre sus dedos, dijo a de Braissant en un tono que hacía daño:

—¡La dicha de Malena!

...Malena se incorporó en la cama de un solo movimiento; extendió los brazos hacia adelante, paseó por la habitación sus ojos

vagos, llenos de sombra, y se desplomó sobre la almohada.

• • •

Quiso quedarse con ella todavía. Allí la tuvo bajo sus ojos otra vez, toda bañada en una serenidad infinita. Una gran tranquilidad, una profunda paz, transmitida por ella lo penetró. Su parque, el parque que ella amara tanto, poblado por los grandes árboles, ahora confusos, en masa y sin contornos en la semioscuridad y que había tenido floreciente, consolador y fiel delante de sus ojos durante todo el tiempo que necesitó su vida para agotarse; la noche, con su luna, de la cual él no veía sino la claridad extendida sobre el césped, sus constelaciones de estrellas, sus astros errantes, innumerables, lo acompañaban como seres vivientes.

• • •

Las estrellas parecieron diluirse en el éter. Oyéronse murmullos en el parque. Un gallo

anunció la llegada del día, otros respondieron a lo lejos. Un pájaro cantó. La paz nocturna se alejaba... Todas las sombras se desvanecieron. El azul incorruptible se reveló. Los árboles perfiláronse netos, distintos en la luz matinal. Las flores encendieron sus colores. De pronto un rayo de sol lo hirió en la frente. Al sentirlo, lanzó él una exclamación terrible de protesta violenta, de dolor profundo, y para no ver, se cubrió la cara con las manos.

Ante la aparición del nuevo día, ante el resurgimiento del sol y la resurrección de todas las cosas, lo derrumbó la desesperación.

**F I N**



EL BESO AQUEL



Para relevar a la mujer que velaba desde el anochecer, entró Adrián en el cuarto de la enferma. Dirigióse a la cama donde, al parecer, dormía. Toda ella permanecía invisible en la gran penumbra; tan sólo la masa de sus cabellos advertíase distinta sobre la almohada. No la tocó, temiendo despertarla; alejóse de su lado, sentóse cerca de una mesa en el extremo opuesto, sacó de su bolsillo un libro sin empastar, y, bajo la luz de una lámpara velada por una pantalla color de rosa, se engolfó en la lectura de una de las famosas obras de Richet.

Había en él esa tranquilidad vigilante de quien tiene el largo hábito de asistir cons-

tantemente a enfermos graves. De tarde en tarde levantaba los ojos del libro, dirigiéndolos hacia la cama de la enferma y volvía a su lectura. Aquel joven flaco, pálido, que en su madurez precoz demostraba tener treinta años y sólo tenía veinticinco, llevaba estampado en su frente morena el signo indeleble de la inteligencia. Era su máscara, sin belleza ni dulzuras, con la profunda mirada de sus ojos verdosos, interesantísima para aquellos que saben leer en los caracteres de una fisonomía irregular los dones de una naturaleza excepcional, fuerte e incorruptible. Para los demás, Adrián Correa pasaba inadvertido, como un muchacho feo y sin importancia.

Había él nacido en La Rioja, tierra de Facundo Quiroga y de Joaquín V. González, autores ambos de historia en sus épocas respectivas; el uno a punta de lanza, el otro a punta de pluma.

Sus ascendientes llegaban desde los años del coloniaje, habiéndose distinguido en obras que dejaron huella. Vinieron a menos cuando la modificación de los hábitos comenzó a materializar el valimiento de las gentes.

Perdió Adrián a sus padres con diferencia de pocos meses; casáronse sus dos hermanas, y una vez terminado el bachillerato, sin deberes ya que lo obligaran, contando como únicos recursos los necesarios para el boleto de segunda clase y un mes de pensión barata, dejó su provincia, radicándose en Buenos Aires, donde entró en la Facultad, para hacerse médico, entregándose de lleno al estudio con pasión tenaz.

Reservado, serio, distanciado siempre de quienes le eran indiferentes, era capaz, sin aparentes expansiones, de los grandes sacrificios en circunstancias graves por los amigos de verdad.

La herencia ancestral es positiva. Vuelven a la vida las características y condiciones físico-morales de los antepasados. La existencia encaimada y meditativa de los hijos del interior, contrasta con las vivacidades naturales de la gente del litoral.

Tenía Adrián una manera de levantar la cabeza al andar, un paso tan firme, había tal aplomo natural y sencillo en toda su persona y en su modo de hablar, que su aparición en

casa de sus parientes, los Rivas, familia de alta figuración social, días después de su llegada a la capital, causó en ellos viva sorpresa.

El muchacho de tierra adentro, modestamente vestido, sin pretensiones ni timidez, mostrábase tal cual era: todo un hombre.

Visitábalos de vez en cuando en recuerdo de su madre, ligada por la sangre y la amistad a la señora de Rivas, excelente mujer, débil, ignorante, manejada a su antojo por las hijas, señoritas a la moda, infatuadas, superficiales y bonitas; pero nunca asistía a sus reuniones, para las cuales solía invitársele sin insistencia.

Las niñas de esa rica casa, primas suyas, y sus íntimos mirábanlo con antipatía desdenosa, teniendo en cuenta únicamente su situación inferior de fortuna, la de forastero en Buenos Aires, la de pariente y estudiante pobre, antipatía agravada por el alejamiento moral que se permitía mantener entre ellos y él. Incapaces de comprender en toda su cultura la ironía finísima de sus respuestas a las bromas más o menos atinadas

que se le dirigían, alcanzaban a vislumbrar en él, sin confesarlo, una superioridad escondida.

Sin dar a todo eso la menor importancia, Adrián continuaba edificando su porvenir.

Sosteníase con lecciones y el sueldo de la suplencia de una sala de hospital debida a la brillantez de sus clasificaciones. Obtenía así, sin buscarlo, precisamente, la estimación espontánea de los maestros. Lo que él buscaba era su propia satisfacción.

Una noche de vigilia estudiosa dejábale la impresión robusta de las horas ganadas, no perdidas en una fiesta galante.

Las mujeres no le interesaban. La mujer no había llegado para él todavía.

El apego ferviente al estudio y el amor a la ciencia que en él estaban, libertan al hombre de la obediencia a los deseos e impulsos instintivos. La superioridad de estas predilecciones, la elevación de ambiciones y de miras en que lo mantienen lo substraen a la inquietud de la vida, aun en lo que ésta tiene de bello y atrayente.

La enferma se quejó, y Adrián cerró su

libro. De un solo movimiento hizo rodar la mesa hasta el lecho. Levantando luego la pantalla, concentróse su luz sobre la cabeza de Marta. Cuando él inclinó su cuerpo, largo y fino, para observarla de más cerca, crispáronse sus cejas al descubrir los estragos de la enfermedad en aquella criatura de veinte años, a quien había dejado en plena belleza, animación y esperanza antes de alejarse a su tierra por enfermedad de una de sus hermanas, de donde regresara esa misma noche respondiendo al llamado urgente de sus tíos.

Todas sus gracias la habían abandonado. Palidísima, con sus cabellos castaños aplastados sobre su frente sudorosa, sus grandes ojos, azules como el zafiro, muy abiertos, asomaban a su fisonomía un desvarío mudo, un confuso estupor. Ardía de fiebre. Adrián le tomó las manos, dos manos transparentes, húmedas y frías. Al sentirse tocada por quien desconocía o no veía, bajó los párpados, comenzando a balbucir palabras incoherentes. Su antigua voz, clara, alegre, sonora, también había cambiado; era ahora una vocecita quebrada, empobrecida y sin timbre, vocecita

que mugía y gemía como pidiendo socorro de muy lejos.

Adrián contempló lleno de piedad aquella ruina en flor en la certidumbre que no había para ella, víctima sin defensa, salvación posible.

Una inyección enérgica la tranquilizó, adormeciéndose en seguida.

Largo rato permaneció a su cabecera. Ternura y gravedad aparecían en su cara. Después, sintiendo la necesidad de respirar aire incontaminado, salió al balcón, mantenido abierto noche y día desde tiempo atrás.

Corría el mes de mayo. Las noches comenzaban a ser frías. Soplaba viento del Sur, pero él, recostado en la baranda, desafiábalo ofreciéndole su pecho.

La luna vestía de blanco a la tierra y ese Adrián, incapaz de un desfallecimiento, pesimista aquella noche, renegaba de la grandeza impotente de la ciencia...

El ruido de un motor, ronquido de un avión, le hizo levantar la cabeza, y lo vió, intrépido, cruzar volando el cielo, allá arri-

ba, en los espacios libres y desaparecer a la distancia.

• • •

Marta, hija menor y predilecta de los señores Rivas, gente de buena cuna y adinerados, por lo tanto suntuosos y conservadores, había hecho su voluntad y alcanzado todos sus caprichos desde que naciera. En cuanto abrió los ojos y su madre pudo exhibirla, ganó voluntades y admiración por la belleza dulcísima que veían en su semblante. Apenas nacida, ya cautivaba. Crecieron a la par en ella su estatura y sus encantos.

Poseía una inteligente abierta, poco común entre las muchachas de su círculo y de su edad; su espiritualidad se comentaba. Mas la inteligencia, como las fuerzas físicas, se debilitaban cuando no se hace con ellas la gimnasia necesaria a su desenvolvimiento. La capacidad que no se usa se atrofia.

Una legión de adoradores disputábase su mano. Mimosa, engreída y gentil, mezclaba ella con desdenes sus coqueterías.

Imaginaba algunas veces, no obstante estar convencida de su seducción, que sus pretendientes tenían muy en cuenta su fortuna. Esto lastimaba su amor propio, incitándola a salpicar su conversación con sus acostumbradas espiritualidades, hirientes tras gesto amable.

Las tareas sociales absorbían su vida, la cual no tenía más objeto y fin que el de divertirse y brillar. Por fin advirtiéronse sus preferencias hacia un joven buen mozo, elegante, de su mismo nivel social. Creíase próxima la boda cuando de repente se conoció con asombro el viaje inesperado del presunto novio a los Estados Unidos. Las eternas exigencias caprichosas de Marta lo habían espantado.

Apenas había tenido tiempo el despechado viajero de llegar a su destino y ya la voz corría de su casamiento, concertado en el barco que lo conducía, con una millonaria norteamericana.

Marta no lo quería con pasión ni mucho menos. Había vacilado demasiado en acep-

tarlo para pensar que lo que sentía fuese realmente amor.

“Y él —preguntábase—, ¿la había querido realmente, la seguiría queriendo todavía?”

Sufrió de celos, pero los celos no eran en ella producto de una pasión, sino de vanidad y orgullo. Por vanidad y orgullo lanzóse más que nunca en el movimiento social. Fué entonces que por primera vez empezó a sentirse débil y cansada como bajo una amenaza de extenuación.

Tales síntomas la preocupaban en secreto, sabiéndose de constitución endeble, recordando asimismo que había habido tuberculosos en la familia por el lado materno. Preocupábala por momentos nada más, sin interrumpir su eterna fiesta.

Coincidió con el acontecimiento de la ruptura la llegada de Adrián desde su bien amada provincia. Su prima Marta, con la herida abierta de su amor propio desbordante no conseguía disimularle el sentimiento poco cordial que le inspiraba.

Desde el primer momento mostróselo hasta la impertinencia.

Una noche, invitado a comer creyó notar que no era persona grata entre los convidados. Nunca volvió a sentarse a la mesa de sus parientes.

Un día, a propósito de una nimiedad, por la cual su prima ponía el grito en el cielo, Adrián díjole, riendo:

—¡Marta está tan segura de que todo lo que le sucede, triste o alegre, debe fatalmente apasionar a los demás!

La muchacha enrojeció de ira, y no se lo perdonó.

—Tía —advirtió él otra vez—: Marta está perdiendo peso, y eso no le conviene.

—¿Qué ordena el doctor? —respondió la hija, en lugar de la madre, en son de pifia.

—Comer más, mucho más. Buenos churrascos, mucha leche, no moverse tanto, acostarse más temprano...

Marta lo interrumpió:

—¿Y no me recetas un viajecito a La Rioja, tan llena de animación?

—Justamente. Mis montañas son las que te harán bien.

—¿Tan mal me encuentras?

A pesar de su tono burlón, adivinábase en ella una aprensión.

Ei sólo le contestó:

—No vayas a Marta del Plata; no conviene a tu pulmón.

Mirólo ella un segundo, tratando de esconder su sobresalto. ¡Ese pulmón!... Bien sabía Marta lo que sentía.

Salvo la madre, a los demás no les alarmaban sus prevenciones juzgándolo como un simple practicante de hospital.

Proseguía él cursando en conciencia el último año de su carrera y planeando su tesis, y Marta en su régimen para no engordar revoloteando en el vacío, amenazada por una enfermedad mortal.

En el mes de agosto de aquel año, regresando de un baile, sufrió ella un desmayo. Se la sacó en brazos de su automóvil, conduciéndola como a un objeto muy frágil a su habitación.

En la dificultad de obtener un médico a tales horas, se buscó a Adrián en su hospital, quien no ocultó la gravedad del caso.

Los médicos ratificaban más tarde su diag-

nóstico, y ante la estupefacción general manifestaron una gran admiración por el talento y los conocimientos del joven pariente discípulo suyo, llamándole futuro maestro.

Desde entonces cambió como por encanto el concepto tenido allí del joven, prodigándosele atenciones inusitadas, con gran sorpresa del favorecido, ignorante de las apreciaciones de sus profesores.

Marta sufrió una pleuresía, agravada por la inflamación de un pulmón. Adrián la asistía con autoridad y acierto, tomando parte activa en las consultas de los otros médicos.

Al cabo de unos meses levantóse la enferma, pero agotada. Nada conseguía hacerla reaccionar. Por fin se declaró una tuberculosis galopante, aterrando a los padres y hermanos.

Se la llevaron a una quinta próxima a Buenos Aires. Las precauciones impuestas en casos semejantes no escaparon a la niña, como no se le ocultaba que sus amigas espaciaban sus visitas y no las prolongaban; los niños de sus hermanos, que la adoraban, no permanecían mucho tiempo cerca de ella; sus mis-

mas hermanas besábanla con menos frecuencia; se destinaban para su uso personal copas, ropas, tazas, utensilios preciosos elegidos entre lo más rico y más elegante, pero sólo para ella. Y comprendió con amargura, sin quejarse, que se le temía. Se hizo fuerte y quiso aislarse; exigió y consiguió estar sola con su madre.

Su carácter cambió, aborreció lo que tanto había amado: el bullicio del mundo, la comedia social, su propio lujo, y, en calma, esperó la muerte.

No permitió que se tocara objeto alguno rozado siquiera por sus labios, ni el libro tocado por sus manos.

Pasaba sus días, hasta entrada la noche, extendida en un diván, envuelta en mantas y pieles, en la amplia terraza abierta sobre el jardín para que el sol la bañara.

Allí, al aire libre, lejos de todo ruido, frente a los cielos eternos. Marta Rivas sostenía largas pláticas con el cura del pueblo, hombre culto, inteligente y puro.

Adrián llegaba después de mediodía, la examinaba, prodigábale los más inteligentes cui-

dados como médico, obligábala a comer, y luego sentábase a su lado. Conversábale para distraerla, leíale cosas amenas que le interesaran sin conmoverta. Fuera de sus libros de estudio, su curiosidad universal habíale dado una cultura que iba siendo profunda, lo cual admiraba su enferma.

Dulce, buena, cariñosa mostrábase ésta con él. Lo malo en Marta había sido lo ficticio, su verdadera naturaleza era noble y generosa. Aquella muchacha pueril e indiferente, en el fondo era una vehementísima y apasionada mujer. Faltóle la voluntad, eje sobre el cual gira la existencia, para que sus cualidades altas triunfaran de lo subalterno y ser ella misma sin contagios e imposiciones ajenas. Faltóle estímulo y ambiente para agrandarse.

La reconciliación sin palabras entre los jóvenes fué completa. Esperaba ella con avidez su venida, y él, cuando estaba allí, desviaba los ojos para no ver en esa cara tan próxima a la suya, toda suavidad y tristeza, una expresión ansiosa: el ansia de vivir.

Sufrió una hondísima emoción una de esas

tardes de angustiosa serenidad provocada por un gesto de su prima. Sobre una mesa, a su lado, había una botella de cristal en la cual se transparentaba un generoso vino color de topacio, expresamente elegido para fortalecerla, y una copa de forma artística, en la cual acababa ella de beber.

Paseábase él de arriba abajo, conversando, y se detuvo frente a la mesa, vertió el vino en la copa y la llevó a sus labios. Marta lanzó un grito, con una energía extraordinaria irguióse en su asiento, y arrancándole el cristal de las manos lo estrelló contra el pavimento de mármol, exclamando:

—¡No bebas; en ella he bebido yo!

Tomado de improviso, no pudo Adrián ocultarle su asombro y su enternecimiento.



Las estrellas aún no se habían apagado, el alba aún no llegaba, mas la noche iba a concluir.

Adrián entró nuevamente al cuarto de su prima, sentóse en el mismo sitio, pero no leyó

ya. Abrumado por sus reflexiones, quedaba tan sólo el médico responsable de la vida del ser que se le confiaba; vida titilante y débil, a semejanza de la luz de la lámpara que bajo su pantalla color de rosa iba a apagarse.

Para Marta, condenada, no había apelación. Su fin era cuestión de momentos. Únicamente quedábale la posibilidad de calmar el dolor, aquietar la angustia.

En medio del silencio sacólo de su abstracción el oír pronunciar su propio nombre. Marta gritaba:

—¡Adrián!...

Acudió a su lecho. Tocando una llave hizo la luz. Le encontró incorporada, el rostro enrojecido, la mirada fija en el vacío, las manos juntas. Pronunciaba palabras tras palabras incomprensibles para él.

Le habló, sacudió su cuerpo enflaquecido, tomóle entre sus manos la cabeza ardiente para hacerse reconocer por ella. No lo consiguió: le era un desconocido, un intruso que rechazaba.

Hablaba en su delirio, con otro Adrián visible sólo para ella, a quien parecía implo-

rar con una intensidad suplicante. Su exaltación fué subiendo hasta el grado de la locura, y él, fingiéndose a sí mismo una serenidad que no sentía, trataba de detener aquella vida infiel que prometió ser magnífica y se escapaba.

De las palabras pronunciadas, gritadas por ella, sólo atinaba a entender que expresaban amor, un amor exaltado, desesperanzado, supremo, el cual, aquella criatura que se acababa parecía incapaz de contener.

Adrián púsose pálido como las sábanas cuando vió aparecer sangre en sus labios. "Es el fin", se dijo. La tomó en los brazos, arrullábala como a un niño, quería detener la hemorragia, lo irremediable que venía, pero ella, desptendiéndose, fijó sus pupilas dilatadas en aquel rostro viril y desfigurado; en su desvarío se apretó contra él, y penetrada por un destello de alegría pronunció nuevas palabras, las últimas: "Amor mío". Extendió los brazos para atraer la cabeza de Adrián, y lo besó en la boca. Al último resorte que le quedaba lo rompió ese

esfuerzo, la sangre brotó a borbotones de su pecho, y se desplomó.

Adrián, sin detenerse a pensar en el sentido de esas palabras y ese beso de la criatura delirante, no entendía sino que nunca había experimentado por un ser humano un deseo tan ardiente de salvarlo.

Fué a despertar a la enfermera, cuyo aspecto de salud en aquellos momentos se le ocurrió insultante. Debía ocultarle aquella sangre a la pobre madre dormida al cabo de tantas noches de vigilia.

Mientras la enfermera cambiaba las ropas del lecho, levantaba él el cuerpo adorable de Marta, cuerpo sin peso ni consistencia. Tornóla a acostar sin que volviese al conocimiento, y se dirigió con el alma acongojada a comunicar a los padres la triste verdad.

—¡Tienes sangre en la boca! —exclamó la madre en cuanto le vió y antes que hablara, tapándose la cara como si adivinara su procedencia.

—Me he mordido el labio —respondióle simplemente.

Marta respiró aún dos días más.



Una vez doctorado, recibidas las felicitaciones sinceras y calurosas de maestros, compañeros y amigos, Adrián sintió como si se le disminuyeran las energías de su vida interna y una sed intensa de reposo. Hubiera querido dormir, dormir durante mucho tiempo, sin soñar siquiera. ¡Todo eso era tan extraño en él, todo fuerza y vigor! Mas el desaliento persistía, y una tristeza profunda iba insinuándose en él, cuya fuente ignoraba.

“¡Mis montañas!”, exclamó pensando en ellas como si se le escaparan. Y fué a sus montañas. No halló el remedio. Familia, amigos, afectos, obsequios, manifestaciones de admiración, todo lo que le prometía una existencia brillante le molestaba.

Se sorprendió analizando las frases mordaces que en los tiempos de las hostilidades y caprichos de Marta lo habían perseguido desde sus labios sonrientes, esas mordacidades tenidas por ella por profundas y que lo habían hecho reír tanto. Pensaba después

en los tiempos de la dulzura y del dolor. Cual los paisajes vistos en horas distintas, cambiábanle ahora las impresiones que aquella le producían.

Entonces entendió repentinamente, como si el recuerdo fuese luminoso, que aquel nombre gritando en su lecho de muerte no era el de un fantasma de su delirio. Era el suyo, y aquél beso fué para él.

Entendió que se habían amado sin sospecharlo y que ella sin vida, vivía en él. Que la amaba todavía, la amaría siempre.

Como sintiera meses más tarde los síntomas inexorables del mismo mal, sospechó conmovido: “La sangre de su boca en mi boca...”.

No se cuidó. Sentía una extraña voluptuosidad en pensar que moría de ella, de la que se había llevado en las manos todas sus esperanzas.

F I N



# I N D I C E

*Pág.*

—

La dicha de Malena ..... 5

El beso aquel ..... 167

SE TERMINO DE IM-  
PRIMIR EN LOS TA-  
LLERES GRAFICOS  
DE LA EDITORIAL  
TOR EL DIA 29 DE  
OCTUBRE DE 1943.



# ULTIMAS PUBLICACIONES

Obras del famoso escritor STEFAN ZWEIG

Amok - Casanova - El candelabro enterrado - Freud - La tragedia de una vida - 24 horas de la vida de una mujer - Los ojos del hermano eterno - Momentos estelares - Fusión de los sentimientos - La lucha contra el demonio - Stendhal - Tres maestros - Tolstoi - Verhaeren - Los creadores

Edgar WALLACE

El abate negro. De intriga  
El ángel del terror. Notab.  
El degollador. Una intriga  
El doble Daniel. Policial  
El juez Maxell. Caso raro  
La banda hombres goma  
Hombres justos de Córdoba  
Los nuevos "Osos"  
El campanero. Famosa.  
Otra vez el "Campanero"  
La casa del terror. Macab.

Enciclopedia  
FREUD

El problema sexual  
Los actos maniáticos  
El chiste equivoco  
La histeria femenina  
Las degeneraciones  
Los orígenes del sexo  
Misterios del sueño  
La higiene sexual  
La perversión sexual  
Su manera de curar

Manuel GALVEZ

El solar de la raza  
La maestra normal  
La sombra del convento  
Los caminos de la muerte  
Humaitá. Novela histórica  
Miércoles Santo  
Jornadas de agonía  
Nacha Regules  
Tragedia hombre fuerte  
El mal metafísico  
La pampa y su pasión

ANATOLE FRANCE: Alfredo de Vigny - Crainquebille - El jardín de Epicuro - La sociedad comunista - La isla de los pingüinos - Las siete mujeres de Barba Azul - Thais, cortesana

M. MAETERLINCK: La inteligencia de las flores - La vida de las abejas - Los senderos de la montaña - La araña de vidrio - La vida de las hormigas - La muerte.

Episodios NACIONALES de Benito PEREZ GALDOS

1 Trafalgar - 2 La Corte de Carlos IV - 3 19 de Marzo y 2 de Mayo - 4 Bailén - 5 Napoleón en Chamartin - 6 Zaragoza - 7 Gerona - 8 Cádiz - 9 Juan Martín el Empecinado - 10 La batalla de los Arapiles - 11 El equipaje del rey José - 12 Memorias de un cortesano 1815 - 13 La segunda casaca - 14 El Grande Oriente - 15 7 de Julio - 16 Cien mil hijos de San Luis

Giovanni PAPINI

Dante. Notable estudio  
Boccaccio. Vida y obras  
Dante vivo. Biografía  
Crepúsculo de los filósofos  
Gog. Narración simbólica  
Historia de Cristo  
Hombre acabado. Confesión  
Memorias de Dios  
San Agustín. Biografía  
Los testigos de la Pasión  
Razón de Italia. Actual

Poesías de  
Amado NERVO

El arquero divino  
Elevación  
En voz baja  
La amada inmóvil  
Jardines interiores  
Perlas negras  
Plenitud  
Serenidad

Novelas de  
M. DELLY

Amores de príncipe  
Entre dos almas  
La canonesita  
El secreto de Los Abrojos  
El rey de Kidji  
Mi vestido color del tiempo  
El secreto del Luzette  
Deuda de amor  
Hija de héroes  
Flores del hogar

COLECCION ENCANTO: Cuentos encuadernados ilustrados

1 Simbad el Marino - 2 Pulgarcito - 3 Alicia en el país de maravillas - 4 Gulliver en el país de los enanos - 5 Aladino o la lámpara maravillosa - 6 Caperucita roja y el P. Copete - 7 Piel de asno - 8 Ali Babá y los 40 ladrones - 9 Gulliver en el país de los gigantes - 10 Un viaje maravilloso - 11 Los príncipes encantados - 12 Blancanieves y los siete enanitos - 13 Barba Azul - 14 El gato con botas - 15 Canción de Navidad - 16 Grisélidis - 17 La alfombra mágica - 18 La bella durmiente del bosque - 19 Pinocho

*Estos volúmenes lujosamente presentados, con 250 y 300 páginas, impresos en papel de calidad superior y llamativas portadas en colores. Pedirlos en todas las buenas librerías de América.*